

JEFFREY ARCHER



El evangelio
según Judas

JEFFREY ARCHER



El evangelio
según Judas

 SAGA
EGMONT

JEFFREY ARCHER



El evangelio
según Judas

 SAGA
EGMONT

Jeffrey Archer

El evangelio según Judas

Translated by Jesús Cañadas

BENJAMÍN ISCARIOTE

Saga

El evangelio según Judas

Translated by Jesús Cañadas

Original title: The Gospel According to Judas

Original language: English

Copyright © 2007, 2022 Jeffrey Archer and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788726492002

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

con ayuda del professor

FRANCIS J. MOLONEY

Miembro de la Orden de los Salesianos de don Bosco

Miembro de la Orden de Australia

Doctor en Teología Sagrada

Doctor en Filosofía

(Universidad de Oxford)

El Evangelio según Judas es el resultado de una intensa colaboración entre un escritor y un académico.

La improbable conexión entre Jeffrey Archer y Francis J. Moloney se estableció gracias al cardenal Carlo Maria Martini, a quien Archer pidió ayuda para realizar este difícil proyecto. De entre todos sus exalumnos del Instituto Bíblico Pontificio, Marini señaló al profesor Francis J. Moloney, quien se había graduado en dicho instituto en 1972 y después completó sus estudios de doctorado en la Universidad de Oxford en 1975.

La osadía del proyecto radicaba en su sencillez: Archer habría de escribir una historia para los lectores del siglo XXI, mientras que Moloney se aseguraría de que dicha historia resultase creíble desde el punto de vista de un cristiano o un judío del siglo I.

CAPÍTULO 1

He aquí el cordero de Dios

1. El motivo de escribir este Evangelio ha sido dar a conocer la verdad sobre Judas Iscariote y el papel que desempeñó tanto en la vida como en la trágica muerte de Jesús de Nazaret.
2. Muchos han sido los que, al contar la historia de Jesús, han relatado sus enseñanzas y hechos durante el corto periodo de tiempo que pasó en el mundo.
3. Algunos de ellos presenciaron realmente lo que sucedió y, siguiendo la tradición oral judía, contaron todo lo que habían visto y oído.
4. Otros escribieron sus propios relatos sobre la vida de Jesucristo, el hijo de Dios. Estos últimos se han convertido en lo que se conoce como Evangelios. [i]
5. Uno de los que presenciaron dichos sucesos fue mi padre, Judas Iscariote.
6. Yo, Benjamín Iscariote, su primogénito, oí por boca de mi padre el relato de lo que ocurrió en aquel entonces. He tomado nota de todo lo que mi padre vio y oyó, primero en arameo, el lenguaje que hablaba Jesús, y luego en griego, idioma que mi padre me enseñó en mi infancia. [ii]
7. Mi padre me crio según las más estrictas tradiciones de la Torá. Al igual que él, estoy convencido de que Jesús de Nazaret era un profeta y un hijo de Israel, si bien no el Mesías al que tanto tiempo hemos esperado.
8. Recientemente se han escrito otros Evangelios que dan su propia visión de lo que sucedió durante la vida de Jesús. Sin embargo, solo unos pocos de ellos relatan de forma justa lo que hizo mi padre durante ese momento de nuestra historia. Curiosamente, estos últimos son los que rechaza esa nueva secta conocida como los cristianos. [iii]
9. El resto de Evangelios no llega a comprender de verdad el compromiso y la fe absoluta que Judas profesaba a Jesús de Nazaret. De hecho, han preferido embarrar el nombre de mi padre hasta el punto de convertirlo en el más infame de los seguidores de Jesús.
10. A mi padre se lo conoce ahora como un traidor, un ladrón, alguien capaz de aceptar sobornos. Uno de los Evangelios afirma incluso que se quitó la vida, lo cual es falso. Mateo 27, 3-10.

11. Ninguno de estos juicios de valor se emitió durante la vida de Jesús. La mayoría se acuñó después de su trágica muerte.

12. Algunos, en una suerte de obcecación por demostrar que están en lo cierto, han llegado a sugerir que el nombre Iscariote proviene de la palabra romana sicarii, que se puede traducir como «fanático zelote armado con una daga».

13. Otros afirman que Iscariote viene del término hebreo saqar, que significa «el mentiroso».

14. En realidad, Iscariote proviene del término hebreo ish-kerioth, que significa simplemente «el que proviene de Keriot». Keriot es el pueblo en el que nació Judas.

15. Las raíces de mi padre se remontan a la tribu de Judá. Creció en Keriot, un pueblo leal a las tradiciones judías, que aparece en los anales de la historia de Israel. Véase Josué 15, 25. [iv]

16. Por toda Galilea, los cristianos han esparcido rumores de que mi padre era un hombre violento, un parásito indigno de cualquier confianza. A pesar de las pruebas que demuestran lo contrario, los seguidores de Jesús continúan repitiendo estas injurias incluso hoy en día.

17. Judas Iscariote fue en realidad discípulo de Juan el Bautista, y obedeció voluntariamente sus palabras: «he ahí un hombre de Dios. Seguidlo». Véase Juan 1, 36.

18. Desde aquel día, mi padre se convirtió en seguidor de Jesús de Nazaret. Tanta confianza depositó Jesús en él que acabó por elegirlo para formar parte de sus doce discípulos más allegados.

19. En mi niñez oí lo que relataba mi padre de las enseñanzas de Jesús. Más tarde puse por escrito todo su relato, tras visitarlo en Khirbet Qumrán, poco antes de que los romanos le dieran muerte.

20. Ahora mi padre ha regresado con el Dios al que con tanto fervor amó y sirvió en vida.

CAPÍTULO 2

Preparar la venida del Señor

1. Judas fue discípulo de Juan el Bautista. Cuando éste apareció tras su periplo en el desierto, muchos consideraron que se había cumplido la profecía del profeta Malaquías: «He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible». Malaquías 4, 5.
 2. Juan el Bautista vivió tal y como vivió Elías: «Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y se alimentaba de langostas y miel silvestre». Reyes 1, 8.
 3. Judas creía que, con el regreso del profeta Elías, a buen seguro no tardaría en llegar el día del Señor. Juan el Bautista era la voz que grita en el desierto: «Preparad el camino a Jehová; cread una senda para nuestro Dios». Isaías; 40, 3.
 4. Muchos pensaron que era el propio Juan quien respondía a la profecía en la que tanta esperanza había depositado Israel, y quien por lo tanto habría de ser el Mesías. Sin embargo, Juan le confió a Judas que no era quien Israel esperaba: «Después de mí viene uno que es superior a mí». Juan 1, 30.
 5. Juan se veía a sí mismo como un ser tan inferior a quien habría de venir que en numerosas ocasiones afirmaba que «ni siquiera soy digno de agacharme para desatar las correas de sus sandalias». Véase Marcos 1, 7; Mateo 3, 11; Lucas 3, 16.
 6. Jesús era hijo de José y de su esposa María. Vino desde Nazaret para ser bautizado por Juan, quien era su primo. Véase Lucas 1, 13.
 7. Hay muchas crónicas sobre el nacimiento y la infancia de Jesús, pero Judas siempre mantuvo que Jesús fue el primogénito del matrimonio formal entre su padre, José, y su madre, María. «¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿Y no son sus hermanas estas que viven aquí?». Marcos 6, 3.
- Véase también Mateo 1, 25; Marcos 3, 31 - 35; Juan 7, 3-8. [v]
8. Algunas de las historias que se contaron en su día sobre el nacimiento de Jesús no eran más que mitos griegos que hablaban de dioses del cielo que creaban progenie tras coyunta carnal con mujeres mortales. Véase Génesis 6, 1-4. [vi]
 9. Todas las crónicas sobre el nacimiento de Jesús retratan acertadamente que José, su padre, era

de Belén, la ciudad de David, y que engendró un niño con María.

10. No eran buenos tiempos para las familias judías. El rey Herodes, que gobernaba con mano de hierro, permitía que los romanos campasen a su antojo a lo largo y ancho de su reino. No era raro que aquellos paganos manchasen la honra de alguna joven judía.

11. José debió de decidir que, para evitar cualquier enfrentamiento con los romanos, él y su esposa María emprenderían un peligroso viaje hasta el pueblo de Nazaret, en Galilea.

12. José, que era carpintero de profesión, encontró trabajo en Nazaret en las cuadrillas que construían la gran ciudad de Séforis, mientras que María y el resto de la familia se asentaron en el pueblo.

13. En sus primeros años en el pueblo de Nazaret, Jesús aprendió las tradiciones de Israel de mano de su padre, José, como descendiente de David, y de su madre, María, como hija de Sion.

14. Aunque siempre se ha asociado a Jesús el gentilicio de nazareno, en realidad nació en Belén, la ciudad de David.

CAPÍTULO 3

Venid conmigo

1. Jesús empezó a predicar sus enseñanzas a orillas del lago de Cafarnaún.
2. En sus sermones, Jesús le decía a su cada vez mayor grupo de seguidores que el momento de la llegada de Dios a Israel estaba cerca, y que era necesario desobedecer las órdenes de los funcionarios públicos corruptos, a quienes les dedicaba estas palabras: «¡Hijos de víbora! ¿Quién os ha avisado para que huyáis del inminente castigo?». Véase Mateo 3, 7.
3. Israel se acercaba a un punto crítico. Había llegado la hora de aceptar a Dios como único señor y rey de la nación. Véase Marcos 1, 14-15; Mateo 4, 12-17.
4. El mensaje de Jesús no tarda en recorrer toda Galilea. La gente empieza a viajar largas distancias solo para oír sus sermones.
5. «Aconteció que estando Jesús junto al mar de Galilea, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios». Lucas 5, 1.
6. Jesús vio a Simón y a su hermano Andrés, dos pescadores del lugar que, en aquel momento, lanzaban sus redes al agua. Llevaban toda la noche trabajando sin el menor éxito. Aquel era su último intento de pescar algo.
7. Jesús vio cómo volvían a sacar las redes vacías del agua una vez más.
8. Le dijo a Simón: «Volved a arrojar las redes, pero esta vez por el otro lado de la barca». Véase Lucas 5, 4.
9. Simón no hizo caso del consejo de aquel desconocido. Le dijo que sabía exactamente dónde estaban los bancos de peces, y que no necesitaba que nadie le viniera a decirle dónde echar las redes.
10. Andrés, por su parte, contempló en silencio a aquel desconocido plantado de pie en la orilla. A diferencia de su hermano, él sí decidió hacer caso a su consejo.
11. Andrés echó la red por el otro lado del bote. Casi de inmediato, la volvió a sacar tan llena de peces que necesitó ayuda de su hermano Simón para poder auparla al bote.
12. Simón quedó abrumado por el poder que emanaba de aquel desconocido. Bajó del bote y se

aproximó con las piernas hundidas en el agua hasta caer a los pies de Jesús.

13. Jesús contempló a los dos hombres y dijo: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres». Mateo 4, 19; Marcos 1, 17; Lucas 5, 10.

14. Simón y Andrés abandonaron el bote y se unieron a Jesús.

15. Mientras los tres caminaban juntos por la orilla del lago se cruzaron con Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, ambos también pescadores. En aquel momento remendaban sus redes y apartaban lo pescado durante la noche.

16. Jesús también les pidió a ellos dos que lo siguieran. Tanto Santiago como Juan abandonaron de inmediato los botes y siguieron sus pasos sin dudarlo.

17. Aquellos cuatro pescadores fueron los primeros seguidores de Jesús de Nazaret. Véase Marcos 1, 16-20; Mateo 4, 18-22; Lucas 5, 1-11.

18. Todos ellos dejaron atrás sus vidas, sus familias, sus criados y todas sus posesiones para seguir a Jesús.

19. Durante los primeros días de Jesús de Nazaret como predicador errante, el poder que emanaba inspiró confianza y pasión entre todos aquellos que abandonaron todo para seguir sus pasos.

20. Jesús regresó a Cafarnaún con sus cuatro discípulos, Simón, Andrés, Santiago y Juan.

21. Puesto que era Sabbat, todos se apresuraron a dirigirse a la sinagoga para orar. Al llegar al templo, se encontraron con un tumulto.

22. Un hombre poseído por un demonio había entrado en el templo, gritando blasfemias y molestando a quienes habían acudido a oír la lectura de la Torá.

23. Jesús se acercó al hombre poseído.

24. El hombre entró en pánico. Empezó a agitar los brazos y a gritar: «¡Jesús de Nazaret, déjanos en paz! ¿Has venido a destruirnos? ¡Te conozco bien: tú eres el Santo de Dios!». Véase Marcos 1, 24; Lucas 4, 34.

25. Jesús, con el mismo poder que sus discípulos habían captado cuando los exhortó a abandonar sus botes y seguirlo, dijo con voz firme: «¡Cállate y sal de él!». Marcos 1, 25; Lucas 4, 35.

26. El hombre poseído se derrumbó en el suelo. Todos lo contemplaron y supusieron que estaba muerto. Nadie se atrevió a acercarse a Jesús, pues temían que a él también lo hubiesen poseído los demonios.

27. Jesús se agachó, tomó al hombre de la mano y le dijo que se fuera a su casa.

28. Algunos de los que habían presenciado lo que había sucedido se giraron hacia los discípulos de Jesús y preguntaron: «¿Y esto qué es? ¿Acaso es una nueva enseñanza? ¡Con toda autoridad

manda incluso a los espíritus impuros, y éstos lo obedecen!». Marcos 1, 21-28, Lucas 4, 31-37.

29. Ninguno de los discípulos pudo responder a sus preguntas. La noticia de lo que había sucedido no tardó en extenderse por toda Galilea.

CAPÍTULO 4

¿Quién es ese hombre?

1. Jesús y sus discípulos salieron de la sinagoga y se dirigieron a casa de Simón.
2. Al llegar, se enteraron de que la suegra de Simón había contraído una enfermedad y que tenía fiebre. La familia de Simón temía por su vida. Les aconsejaron a él y a sus compañeros que se marchasen enseguida para no enfermar ellos también, pues podrían llegar a morir.
3. Jesús no evidenció miedo alguno. Pidió que lo llevaran con la enferma.
4. Jesús se detuvo junto a la cama de la mujer, se inclinó y la tomó suavemente de la mano.
5. Simón, los demás discípulos y el resto de familiares no ocultaron su sorpresa. Empezaron a preguntarse unos a otros: «¿Quién es este hombre?». Jesús parecía ser un hombre de Dios, había demostrado tener poder sobre los demonios, pero también había tocado la mano de una mujer que no era su esposa, lo cual era una clara violación de las tradiciones judías de pureza. [vii]
6. Jesús se arrodilló junto a la mujer y le susurró algo al oído. Mientras hablaba, la fiebre de la mujer descendió, para asombro de todos los presentes.
7. Jesús se puso de pie y, en tono calmado, le pidió a la mujer que hiciera lo mismo. Ella obedeció de inmediato.
8. «Más tarde, aliviados y contentos, los miembros de la familia se sentaron junto a Jesús a compartir el pan». Véase Marcos 1, 29-31; Mateo 8, 14-15; Lucas 4, 38-39.
9. Tras descansar, Jesús y sus discípulos salieron de la casa de Simón y se dirigieron al pueblo de Nazaret; un viaje que tardarían varias horas en realizar.
10. Al llegar a las estribaciones que desembocaban en el pueblo, oyeron el tañido de una campanita, que indicaba que se acercaba un leproso. Los discípulos, temiendo por su salud y su pureza, se echaron hacia atrás. Jesús, por su parte, continuó avanzando hacia el lugar del que venía el sonido de la campanita.
11. Jesús dobló un recodo y se encontró con el leproso. El enfermo cayó de rodillas y exclamó: «Si quieres, puedes limpiarme».
12. Jesús sonrió, alargó las manos y siguió avanzando hacia el hombre mientras decía: «Quiero.

Ya has quedado limpio». Marcos 1, 40-42; Mateo 8, 2-3; Lucas 5, 12-13.

13. Los discípulos avanzaron con cautela y contemplaron incrédulos cómo la lepra abandonaba al hombre. Quedaron todos asombrados: «Jesús sanó a muchos que sufrían de diversas enfermedades, y también expulsó a muchos demonios». Véase Marcos 1, 34, 39; Mateo 4, 23; 9, 35

14. Todos se repitieron unos a otros: ¿quién es este hombre?

15. Muchos de sus nuevos seguidores albergaban dudas, pues Jesús había contravenido abiertamente las leyes de pureza de Israel: había tocado a una mujer y la había sanado. También había tocado a un leproso y lo había limpiado.

16. ¿Podría aquel hombre, que curaba a los afligidos y les traía esperanza, ser el Mesías al que tanto tiempo llevaban esperando? ¿Serían ellos los elegidos que lo acompañarían en su viaje a Jerusalén, donde se restauraría el trono de David? [viii]

17. Cuando Jesús oyó que discutían sobre estos asuntos, les advirtió que no debían decirle a nadie que era el Mesías. Véase Marcos 8, 30; Mateos 16, 30; Lucas 9, 21.

18. Jesús se volvió hacia el leproso y le prohibió revelarle a nadie el nombre de quien lo había curado. Marcos 1, 40-45; Lucas 5, 12-16.

19. Pero el leproso no fue capaz de contener su lengua y se dirigió a toda prisa al pueblo, donde gritó desde los tejados que Jesús de Nazaret lo había curado.

20. Al llegar precedido de tales noticias, la entrada de Jesús resultó harto difícil, pues la gente empezó a salir de sus casas y a rodearlo antes de que pudiera llegar a la sinagoga. Véase Marcos 1, 45; Lucas 5, 15.

21. La reputación de gran maestro de Jesús ya se había extendido por toda Galilea, por lo que el líder de la sinagoga lo invitó a escoger un fragmento de la Torá y a explicárselo a los que se habían reunido allí para oírlo.

22. Jesús eligió un fragmento del profeta Isaías que decía: «El espíritu del Señor Dios me acompaña, pues el propio Señor me ha ungido, me ha enviado a dar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones destrozados, a proclamar la libertad a los cautivos, a gritar la liberación a los prisioneros». Isaías; 61, 1.

23. Jesús alzó la vista y comprobó que todos los presentes lo contemplaban en silencio. Algunos habían oído hablar de la curación del hombre poseído por demonios, mientras que otros habían oído el caso de la mujer enferma, y muchos otros se habían enterado de la limpieza del leproso.

24. El líder de la sinagoga le pidió a Jesús que explicase el fragmento que acababa de leer. La respuesta de Jesús fue directa: «Este pasaje de las Escrituras se ha cumplido hoy mismo en vuestra presencia». Lucas; 4, 21.

25. Un par de fariseos murmuraron para sí: «¿Ese no es el hijo de José?».

26. Jesús respondió: «Nadie es profeta en su tierra». Véase Lucas 4, 22-24; Mateo 13, 57; Marcos 6, 4.

27. Otros, que aún anhelaban creer en él, siguieron preguntando: «¿Quién es este hombre?».

CAPÍTULO 5

¿Eres tú aquél que ha de venir?

1. Jesús acudió al río Jordán para ser bautizado por Juan, quien había profetizado: «Ni yo mismo sabía quién era, pero Dios me encomendó bautizar con agua precisamente para que él tenga ocasión de darse a conocer a Israel». Juan 1, 31.
2. Tras bautizar a Jesús, Juan el Bautista proclamó: «He visto que el Espíritu bajaba del cielo como una paloma y permanecía sobre él. Ni yo mismo sabía quién era, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y permanece sobre él, ese es quien ha de bautizar con Espíritu Santo”». Juan; 1, 32-34; Marcos 1, 11; Mateo 3, 17; Lucas 3, 22.
3. A partir de ese momento, Juan comprendió que sus días como profeta del Señor estaban contados, y así se lo hizo saber a Andrés, uno de sus discípulos: «No soy el Mesías; simplemente he sido enviado como su precursor». Juan; 3, 28.
4. Juan señaló a Jesús y dijo: «Yo lo he visto y testifico que este es el Hijo de Dios. A él le es preciso crecer, pero a mí menguar». Véase Juan 1, 29, 34; 3, 30.
5. Al oír estas palabras, Andrés dejó a su maestro y echó a correr tras Jesús. Al darse cuenta de que lo seguían, Jesús se giró y preguntó: «¿Qué buscas?». Juan 1, 38.
6. Andrés cayó de rodillas y respondió: «Al maestro de la Torá que Juan el Bautista profetizó como el Cordero de Dios». Véase Juan 1, 35-36.
7. Muchos de los discípulos que por aquella época seguían a Juan el Bautista se hicieron seguidores de Jesús.
8. A pesar de que sus días como profeta estaban contados, Juan el Bautista siguió predicando con convicción las creencias y tradiciones de Israel.
9. Juan el Bautista se atrevió incluso a poner en duda la legalidad del matrimonio entre Herodes y Herodías, quien se había prometido en un primer lugar con Filipo, el hermano de Herodes.
10. Juan proclamaba a quienquiera que le prestase oídos que la unión de Herodes con la esposa de su hermano era adulterio, por más que la hubiese desposado tras la muerte de Filipo.
11. Tales palabras, que el Bautista solía repetir en sus sermones, enfurecieron a Herodes. La fe y

el valor de Juan el Bautista dieron como resultado su detención y encarcelamiento.

12. A pesar de haber presenciado lo sucedido al bautizar a Jesús en el río Jordán, Juan el Bautista no tenía claro lo que Dios había planeado para Jesús de Nazaret.

13. Durante su encierro, Juan el Bautista pidió a dos de sus discípulos que fueran a buscar a Jesús y, una vez dieran con él, le preguntaran: «¿Eres tú aquel que había de venir, o hemos de esperar a otro?». Lucas 7, 19; Mateo 11, 3.

14. Uno de esos discípulos era Judas Iscariote.

15. Cuando estos dos discípulos lo encontraron, Jesús no respondió de inmediato a la pregunta de Juan el Bautista.

16. Lo que hizo Jesús fue curar muchas enfermedades y plagas, expulsar a espíritus malignos y devolver la vista a numerosos ciegos.

17. Por fin, se acercó a Judas y dijo: «Volved a Juan y contadle lo que habéis visto y oído». Lucas 7, 22; Mateo 11, 4.

18. Cuando Juan el Bautista oyó el relato de lo que había hecho Jesús, alzó la vista al cielo y proclamó: «He aquí al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Juan 1, 29.

19. Tras oír la proclamación de Juan el Bautista, Judas se apresuró a regresar por donde había venido. Se dirigió a Galilea en pos de Jesús.

20. Una vez lo hubo encontrado, Judas se encomendó a las prédicas de Jesús y empezó a seguirlo allá donde iba.

21. La sabiduría y el poder con que predicaba aquel nuevo maestro inspiraron hondamente a Judas. Jesús era «diferente a los escribas y fariseos, que preferían pavonearse por el pueblo con sus largos hábitos y esperaban ser reverenciados al ocupar los mejores lugares de la sinagoga para hacer como que se entregaban a largas oraciones». Véase Marcos 12, 38-40; Mateo 23, 2-7; Lucas 20, 46-47. [ix]

22. Las interpretaciones que Jesús hacía de los textos sagrados de Israel conmovieron a Judas.

23. Después de oír todo lo que habían visto Simón, Andrés, Santiago y Juan, y lo que habían dejado atrás para seguir a Jesús de Nazaret, también Judas quiso convertirse en su discípulo.

24. Judas le profesaba a su nuevo maestro una fe tan profunda que, a todo aquél a quien se encontraba, le decía: «Hemos encontrado al Mesías al que tanto tiempo hemos esperado».

25. Una de las personas a las que Judas le dio la buena nueva era Felipe, que también se sintió emocionado ante las palabras de Judas y decidió abandonarlo todo para seguir a Jesús.

26. Felipe, por su parte, le dijo a su amigo Natanael: «Hemos encontrado al Mesías, tal y como lo profetizó Moisés. Es Jesús de Nazaret, el hijo de José».

27. Sin embargo, Natanael, que era hombre devoto y cauto, no quedó convencido al instante de que Jesús fuera el Mesías. Le recordó a su amigo Felipe que Nazaret era un pueblo sin ninguna tradición bíblica, ni había señal alguna en la Torá de que el Mesías fuera a nacer en Galilea.
28. «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?», preguntó Natanael.
29. Felipe respondió: «Ven y lo verás».
30. Cuando Jesús vio que Natanael se le acercaba, dijo: «He aquí un verdadero israelita carente de malicia».
31. Natanael quedó impresionado, y le preguntó a Jesús: «¿Tú me conoces?».
32. Jesús respondió con estas palabras: «Antes de que Felipe te llamase, te vi sentado a los pies de una higuera». [x]
33. Natanael inclinó la cabeza y afirmó: «Rabí, en verdad eres el hijo de Dios, rey de Israel». [xi]
34. Natanael, bajo el nombre de Bartolomé, dejó sus pertenencias terrenales para seguir a Jesús. Debido a su reputación de hombre devoto, muchos otros se le unieron para seguirlo también.
35. Todos ellos empezaron a difundir la palabra y a decirle a todo el mundo que estaba a punto de llegar un nuevo reino de Israel, libre de la ocupación de los paganos de Roma.
36. Jesús no hizo comentario alguno sobre la afirmación de Bartolomé de que era él y no otro el Mesías largo tiempo esperado, el que cumpliría la promesa de David.
37. Una vez estuvieron a solas, Jesús le dijo a Bartolomé: «Solo porque te he dicho que te vi a los pies de una higuera, ¿ya piensas que soy el hijo de Dios, rey de Israel? Mucho más habrás de presenciar, y más aún te será requerido antes de que se cumplan las promesas de Dios. Por el momento, habrás de seguirme». Véase Juan 1, 35.
38. Jesús les dijo a todos sus discípulos que, si a alguien se le ocurría sugerir siquiera que Jesús de Nazaret era el Mesías largo tiempo esperado, no habrían de prestar atención alguna a aquellas palabras, e incluso habrían de negarlas. Véase Marcos 7, 36; 8, 30 y ss.
39. Judas no alcanzaba a comprender por qué su maestro negaba su naturaleza sagrada.
40. Así pues, tanto Judas como los demás discípulos siguieron preguntándose: «¿Quién es este hombre?».

CAPÍTULO 6

Quedan perdonados tus pecados

1. Jesús, acompañado por sus discípulos, partió de Nazaret con rumbo a Cafarnaún.
2. Al entrar en aquel pueblo junto al lago, vieron que se había reunido una enorme multitud para recibirlos, a pesar de que Jesús les había ordenado a sus seguidores que no comentasen sus milagros con nadie.
3. Jesús entró en la sinagoga donde había curado al hombre poseído por demonios y vio que allí también se había reunido mucha gente a esperarlo.
4. Tantas personas se reunieron en la sinagoga para oír hablar a Jesús que apenas había sitio para moverse. Muchos creían que, con solo tocarlo, quedarían sanados de sus males o bien que sus pecados serían perdonados.
5. Un grupo de personas intentaba entrar llevar a un amigo enfermo en camilla junto a Jesús, pero no encontraban manera de entrar en el edificio debido al número de personas que aguardaban para pedirle a Jesús que intercediera por ellos.
6. El dilema de aquel grupo de amigos llegó a oídos de Judas, quien les dijo que intentasen subir al tejado para hacer descender la camilla desde allí. Incluso les ayudó a quitar algunos de los azulejos del tejado para que el ascenso les resultara más sencillo.
7. Al ver cómo descendía aquel hombre enfermo, las personas que se arremolinaban dentro de la sinagoga retrocedieron.
8. Jesús se acercó al hombre enfermo, aunque en aquella ocasión no llegó a tocarlo. Lo único que dijo fue: «Hijo mío, quedan perdonados tus pecados». Marcos 2, 5; Mateo 9, 2; Lucas 5, 20.
9. Un par de venerables ancianos que se encontraban en medio de la multitud se sintieron ultrajados por la blasfemia que acababa de pronunciar Jesús. Empezaron a cuchichear entre ellos que Jesús de Nazaret no podía ser un hombre santo, porque: «Solo Dios puede perdonar pecados». Marcos 2, 7; Lucas 5, 21.[xii]
10. Cuando Judas oyó aquellas palabras, fue incapaz de controlarse y soltó un grito que se oyó por encima del ruido de la multitud: «Ninguno de vosotros tiene valor de decir algo así en su presencia. Yo digo que sois vosotros los blasfemos».

11. Jesús no hizo caso del alboroto que habían causado las palabras de Judas. Se volvió hacia el hombre enfermo y le dijo: «A ti te hablo: Levántate, recoge tu camilla y vete a tu casa». Marcos 2, 11; Mateo 9, 6; Lucas 5, 24.

12. El hombre estiró las extremidades, que hasta aquel momento habían estado retorcidas, y se bajó de la camilla. A continuación, la levantó el solo y echó a caminar, tal y como Jesús le había ordenado.

13. La multitud, en silencio, hizo hueco para que el hombre recién curado pudiese salir de la sinagoga y regresar a su casa.

14. Una vez el hombre curado se hubo marchado, Jesús se dirigió a los allí reunidos: «Qué es más fácil? ¿Decir: «Tus pecados quedan perdonados», o decir: «Levántate y anda»? El Hijo del hombre tiene autoridad en este mundo para perdonar pecados». Véase Marcos 2, 10; Mateo 9, 5; Lucas 5, 23.

15. La mayoría de los que habían presenciado el milagro quedaron asombrados y en silencio, pero muchos de los ancianos más venerables se marcharon de la sinagoga, enojados. Las palabras de Jesús los habían enfurecido, pues lo que acababa de hacer iba en contra de las tradiciones de Israel. [xiii]

16. Jesús y sus discípulos abandonaron la sinagoga y emprendieron el camino a Betsaida.

17. Al llegar al pueblo, se cruzaron con un hombre sentado en una oficina de recaudación de impuestos.

18. Aquel hombre recaudaba para los romanos impuestos de aquellos que viajaban por la Decápolis. [xiv]

19. Judas observó con atención a aquel hombre y comprobó que no solo cobraba un impuesto a todos los visitantes, sino que les sacaba un pequeño extra que se guardaba para sí.

20. Judas perdió los nervios y le gritó al hombre: «¿Cómo puede ser que te atrevas a quitarles dinero con una mano a tus compatriotas y con la otra se lo des a los romanos?

21. El hombre no intentó defenderse en ningún momento. Judas se alejó de él, enfadado.

22. Fue Jesús quien se detuvo y le dedicó una sonrisa al cobrador de impuestos. Éste bajó la cabeza, avergonzado ante la presencia de Jesús.

23. Jesús se le acercó y le dijo: «Sígueme». Mateo 9, 9; Marcos 2, 14.

24. Mateo, pues ese era su nombre, dejó su puesto de recaudador de impuestos y se unió de inmediato a los discípulos.

25. Al ver que Jesús estaba dispuesto a aceptar entre sus seguidores a pescadores, curtidores, herreros, campesinos e incluso a un recaudador de impuestos, muchos empezaron a pensar que Jesús también los aceptaría a ellos como seguidores.

26. Judas ni comprendía ni veía con buenos ojos que su maestro aceptase a todo tipo de gente entre sus seguidores. A fin de cuentas, no era el modo en que se solían comportar los hombres santos.

27. Fue entonces cuando un grupo de fariseos se acercó a Judas, al ver que no estaba contento con el comportamiento de Jesús.

28. Uno de ellos le dijo: «¿Cómo es que tu maestro acepta a compartir el pan con recaudadores de impuestos y pecadores?». Véase Mateo 9, 11; Marcos 2, 16; Lucas 5, 30.

29. Jesús oyó lo que le preguntaban a su atribulado discípulo y, de inmediato, se apresuró a responder: «No necesitan médico los que están sanos, sino los que están enfermos. Yo no he venido a llamar a los buenos, sino a los pecadores, para que se conviertan». Véase Mateo 9, 12-13; Marcos 2, 17; Lucas 5, 31.

30. La sabiduría que contenían las palabras de Jesús hizo que Judas reflexionase sobre sus propios defectos.

31. Judas les dio la espalda a los fariseos, aún más resuelto a acercarse a aquel hombre que era capaz de aceptar que, aunque fuera un pecador, podía ser también parte de sus seguidores.

32. El rechazo de Judas no les sentó bien a los escribas y fariseos, pues empezaban a sentir verdadero miedo de la influencia que Jesús iba ganando cada vez más entre la gente.

33. En el momento, los fariseos no hicieron más que murmurar entre ellos, si bien volvieron a acercarse a Judas una segunda vez con la esperanza de poder convencerlo para que se uniese a ellos e incluso pusiese a un par de discípulos en contra de Jesús.

34. Una vez más, Judas los rechazó.

CAPÍTULO 7

El sábado para el hombre

1. El sábado siguiente, Jesús y sus discípulos atravesaban un campo de trigo. De pronto, un miembro del grupo, que no había comido nada en todo el día, arrancó una espiga, la limpió un poco con los dedos y empezó a comer. Los demás discípulos no tardaron en imitarlo.
2. Un grupo de fariseos, que seguía a Jesús a todas partes con la esperanza de encontrar alguna ocasión en la que reprenderlo por no seguir las leyes de la Torá, dijo: «¿Por qué permites que tus discípulos rompan con la tradición del Sabbat? Durante seis días trabajarás y harás en ellos todas tus tareas; pero el séptimo es día de descanso consagrado al Señor, tu Dios». Véase Éxodo 20, 8-11.
3. Judas habría de recordar aquellas palabras, pues fue la primera vez en que un fariseo interpeló a Jesús para poner en duda su obediencia de las leyes religiosas.
4. Jesús no cayó en aquel intento por parte de los fariseos de aprovecharse del gesto inofensivo de uno de sus discípulos. La interpretación de los fariseos de las leyes era muy obtusa, y así lo afirmó: «Dios hizo el sábado para el hombre y no al hombre para el sábado». Marcos; 2, 27.
5. Judas y los demás discípulos quedaron asombrados de la capacidad de Jesús de dejar callados a aquellos inflexibles guardianes de la ley usando solo la sabiduría más elemental y el sentido común.
6. Aunque los fariseos no se atrevían a atacar públicamente a Jesús, eran incapaces de ocultar la ira que les provocaba oírlo hablar, pues sus enseñanzas no dejaban de minar la autoridad que tenían.
7. Así pues, los fariseos lo seguían de cerca con la esperanza de poder atrapar a Jesús en caso de que alguno de sus discípulos rompiera otro de los dogmas de la ley. El momento no se hizo esperar.
8. Los escribas y fariseos observaban con fervor la tradición del ayuno por cuya obediencia el profeta Daniel había incluso llegado a arriesgar su vida. Véase Tobías 12, 8; Judith 4, 9; Daniel 1, 1-16.
9. Así pues, cuando los discípulos se saltaron la ley del ayuno, los fariseos vieron una nueva oportunidad de atacar a Jesús.

10. Los fariseos le preguntaron: «¿Por qué apruebas las acciones de tus discípulos cuando contravienen la tradición del ayuno que tanto Daniel como Juan el Bautista siempre observaron?». Véase Daniel 1, 1-16; Marcos 1, 6; Mateo 3, 4.

11. Jesús no vaciló un instante al responder: «¿Pueden acaso ayunar los invitados a una boda mientras el novio está con ellos? En tanto tengan a su lado al novio, no tienen por qué ayunar». Marcos 2, 19; Mateo 9, 15; Lucas 5, 34.

12. Judas sabía que tanto los profetas como los poetas se habían referido a Israel durante toda su historia como una novia que espera la llegada del novio. Véase Oseas 2, 21-22; Cantar de los Cantares.

13. Al oír aquellas palabras, tanto Judas como Simón, Andrés, Felipe y Bartolomé empezaron a pensar que Jesús bien podría ser realmente el Mesías enviado por Dios, quien había venido por fin a tomar posesión de su novia, Israel. Véase Juan 3, 29.

14. Ninguno de ellos manifestó en voz alta aquel pensamiento, pues sabían que enfurecería a los fariseos e incluso podría poner en peligro la vida de Jesús.

15. Los fariseos siguieron afirmando públicamente que pensaban que Jesús era un pecador, un blasfemo, un hombre que contravenía las leyes de la Torá. A fin de cuentas, se había saltado la pura tradición del ayuno, y en aquel momento incluso se atrevía a afirmar que era él ese novio mesiánico al que Israel esperaba, lo cual no hacía sino insistir en su pecado.

16. Los fariseos se aferraban a todas y cada una de las palabras que pronunciaba Jesús con la esperanza de encontrar un nuevo ejemplo de violación de las leyes de la Torá.

17. Al sábado siguiente, Jesús se encontraba en Cafarnaún. Un hombre con la mano atrofiada entró en la sinagoga buscándolo.

18. Los fariseos lo observaron con atención, pues esperaban que Jesús intentase sanar al hombre en sábado, lo cual supondría una nueva violación de las leyes sagradas, merecedora de castigo. Marcos 3, 1-3; Mateo 12, 9-11; Lucas 6, 6-7.

19. Al ver a aquel hombre, Jesús se le acercó y le dijo: «Extiende la mano».

20. El hombre obedeció y su mano quedó sanada.

21. Los fariseos no necesitaron más prueba de que Jesús era un pecador y un blasfemo dispuesto a contravenir las leyes, incluso dentro de la sinagoga y en sábado.

22. Judas comprobó que mucha de la gente que se había reunido allí para oír los sermones de Jesús no compartían los recelos de los venerables ancianos, pues venían con la esperanza de que Jesús fuese el Mesías que tanto tiempo llevaban esperando, tal y como había prometido el profeta Isaías. Véase Isaías 35, 3-5.

CAPÍTULO 8

La piedra sobre la que edificará su iglesia

1. Tanto llegó a inquietar a los escribas y fariseos la popularidad en alza de Jesús, que concluyeron que había llegado el momento de tomar medidas desesperadas.
2. Y fue así que los fariseos, que observaban con rigidez las leyes de Israel, se aliaron con los herodianos, una secta de judíos del lugar que se encargaba de cumplir los dictados de los políticos de Roma. Véase Marcos 3, 6.
3. Aunque fariseos y herodianos se despreciaban mutuamente, los unía un propósito común: librarse de Jesús.
4. Varios amigos de Cafarnaún advirtieron a Judas que los fariseos y herodianos empezaban a tramar un plan conjunto para provocar la caída de Jesús.
5. Judas no prestó atención a dichas advertencias, pues sabía que ambos grupos eran enemigos mortales. Sin embargo, no tardó en encontrarse a dos de ellos susurrando maledicencias en la sinagoga. En cuanto vieron a Judas, se separaron y cada uno se alejó por un camino distinto.
6. Judas le comentó a Simón lo que se empezaba a temer. Simón, a su vez, le dijo a Jesús que sería conveniente dejar Cafarnaún por un tiempo, hasta que se calmasen las cosas.
7. Jesús hizo caso del consejo de Simón. Ese mismo día partió con destino a Nazaret, acompañado únicamente de sus discípulos más cercanos, aquellos a los que había llamado primero: Simón, Andrés, Santiago, Juan, Judas, Felipe, Bartolomé y Mateo.
8. No tuvieron que recorrer mucha distancia hasta que Judas se percató de que los seguían.
9. Se trataba de otros seguidores que no querían separarse de Jesús, y de algunos que esperaban presenciar un nuevo milagro.
10. A medida que Jesús avanzaba de pueblo en pueblo, el grupo que lo seguía se convirtió en multitud.
11. Cada vez que pasaba por un pueblo, Jesús se detenía en la sinagoga y predicaba ante aquellos que se reunían para oír sus sermones.
12. Jesús proclamaba la buena nueva y preparaba a sus oyentes para la venida del reino de Dios

en Israel.

13. Asimismo, Jesús tocaba a los enfermos y los sanaba de sus males.

14. Jesús era consciente de las injusticias que sufría la gente a manos de la ocupación extranjera de los romanos.

15. En cada pueblo había un gobierno local compuesto por políticos corruptos judíos cuya riqueza no dejaba de crecer día tras día a instancias de los romanos.

16. Jesús les dijo a sus discípulos que «parecían ovejas sin pastor». Véase Marcos 6, 34; Mateo 9, 36 .

17. Cuando Judas oyó aquellas palabras, le recordó a Simón la profecía de Ezequiel: «nunca más mis ovejas serán objeto de rapiña. Voy a ponerlas al cuidado de un pastor que yo mismo les daré. Ese pastor será mi siervo David, y él será quien las apacentará. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David será su príncipe». Véase Ezequiel 34, 22-24.

18. Al oír las palabras de Judas, Simón respondió citando al profeta Isaías: «Él llevará sobre sí nuestros males, y sufrirá nuestros dolores». Isaías 53, 4.

19. Simón y Judas fueron los primeros seguidores de Jesús que creyeron que en él se cumpliría lo profetizado por Isaías.

20. Jesús acabó de predicar en una sinagoga y salió acompañado de sus discípulos en dirección a las colinas al norte del Mar de Galilea. Como si de un rebaño de ovejas se tratara, la multitud siguió a su pastor.

21. Cuando Jesús llegó a lo alto de una de las colinas, vio que los discípulos tenían que descansar un poco. Tan cansados estaban algunos que se echaron a dormir de inmediato.

22. Por su parte, Judas se sentó en el suelo a poca distancia de su maestro y lo contempló.

23. Jesús cayó de rodillas y empezó a orar.

24. El sol se ocultó por detrás de las montañas, y Judas también cayó dormido.

25. Al despertar, Judas vio que su maestro seguía sumido en sus oraciones. Parecía entregado en cuerpo y alma al rezo.

26. En el momento en que despuntaba el alba, Jesús se puso en pie y empezó a caminar entre sus seguidores.

27. Jesús se colocó en una de las laderas de la montaña para dirigirse a aquellos que habían aguardado toda la noche para oír sus palabras.

28. Les dijo que no debían reunirse solo con la esperanza de presenciar otro milagro. Tras rezar junto a ellos, les pidió que volvieran a casa con sus familias.

29. Jesús esperó a que la multitud se dispersase y, a continuación, reunió a un grupo más pequeño a su alrededor. A estos les encomendó que se quedaran a su lado mientras continuaba su prédica.

30. Jesús reunió a sus doce discípulos. Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo; Felipe, Bartolomé, Tomás y Mateo el recaudador de impuestos; Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón el cananeo y Judas Iscariote». Véase Mateo 10, 1-4; Marcos 3, 13-19; Lucas 6, 12-16 [xv].

31. Jesús le dijo a Simón que a partir de aquel momento se llamaría Pedro, para dejar claro que lo había elegido a él para liderar a los demás discípulos.

32. El nombre de Pedro viene del griego petros, que significa «piedra».

33. Judas siempre hablaba de las alabanzas que Jesús dedicaba a Pedro por su sabiduría y entendimiento. En no pocas ocasiones se refería a él como «la piedra sobre la que edificaría su iglesia». Mateo 16, 18 .

34. También Judas era uno de los discípulos que contaba con más favor por parte del maestro. En numerosas ocasiones era Judas quien insistía en que Jesús explicase mejor alguna de sus enseñanzas. Cuando era necesario, era Judas quien siempre estaba dispuesto a arriesgarse en nombre de su maestro.

35. Tras elegir a sus discípulos, Jesús les dijo que, a partir de aquel momento, les sería otorgada la potestad de «predicar en su nombre, curar toda clase de enfermedades y expulsar espíritus impuros». Véase Marcos 3, 13-15; Mateo 10, 1; Lucas 9, 1-2.

36. Del mismo modo que había hecho con aquellos doce hombres, Jesús reunió a un grupo de mujeres que habían sido leales a él desde que había empezado a predicar.

37. Estas mujeres también dejaron todo atrás para seguir a Jesús.

38. Entre esas mujeres se encontraba María, de la aldea de Magdala, a quien se llegó a conocer como María Magdalena. También estaba Juana, esposa de Cusa, administrador de Herodes. Juana había abandonado a su esposo para servir a Jesús. También había muchas otras mujeres deseosas que apoyar aquella empresa en la que todas creían. Véase Lucas 8, 1-3.

39. Todas ellas colaboraron tanto con su tiempo como con su dinero a la causa de Jesús.

40. Desde aquel día y hasta el trágico final de su vida, aquellos doce discípulos y aquellas mujeres piadosas acompañaron a Jesús a todas partes mientras predicaba entre la gente.

CAPÍTULO 9

Siempre que recéis, pronunciad estas palabras

1. Jesús y sus discípulos bajaron de las colinas y se dirigieron al Mar de Galilea.
2. Se había corrido la voz de que Jesús y sus discípulos habían estado descansando en aquellas colinas, así que para cuando llegaron a las planicies, ya se había reunido una gran multitud para aguardar su llegada.
3. Aunque Jesús aún no había entrado en la ciudad santa de Jerusalén, al oír la buena nueva de sus enseñanzas y la cantidad de milagros que había obrado, muchos ciudadanos acudieron desde todos los rincones de Judea para verlo.
4. Otros llegaban incluso de Tiro y Sidón, ciudades costeras de los gentiles, e incluso había quien llegaba desde la Decápolis, al otro lado del Jordán.
5. Muchos venían a oír predicar a Jesús, mientras que otros, aquejados de enfermedades, esperaban que sanase sus dolencias.
6. Jesús se paseó entre la multitud y curó a varios poseídos por espíritus malignos.
7. Muchos otros aguardaban pacientemente con la única esperanza de tocar la túnica de Jesús, pues para ellos estaba claro que de él manaba un poder y una bondad capaces de curar e imbuir de fuerza a aquellos a los que tocaba.
8. Entre la multitud había una mujer que sufría continuas hemorragias desde hacía más de doce años. Dicha mujer estaba convencida de que «si tocaba su túnica, quedaría sanada. La multitud rodeó a Jesús y la mujer se inclinó para tocar sus ropas. Su enfermedad se curó de inmediato».
9. Jesús se detuvo y preguntó: «¿Quién me ha tocado?». Los discípulos no entendían a qué se refería, pues lo rodeaba gente por todas partes.
10. Una vez más, Jesús preguntó: «¿Quién me ha tocado?»
11. La mujer dio un paso al frente, pues temía que Jesús se enfureciese en caso de que lo hubiese mancillado su contacto.
12. La mujer cayó de rodillas, inclinó la cabeza y le confesó que había sido ella quien lo había tocado.

13. Jesús dijo: «Hija mía, ha sido tu propia fe la que te ha sanado. Puedes ir en paz, estás curada de tu enfermedad». Véase Marcos 5, 25-34; Mateo 9, 20-22; Lucas 8, 43-48.

14. Este milagro causó que la gente se le acercase aún más. Llegó el momento en que Jesús ni siquiera pudo moverse. Entonces reunió en torno a sí a sus discípulos, alzó la vista al cielo y se dirigió a la enorme multitud que allí se había reunido para oír su sermón.

15. Y dijo Jesús: «Bienaventurados los pobres, porque el reino de Dios les pertenece. Bienaventurados los que ahora pasan hambre, porque tendrán pan en abundancia. Bienaventurados los que ahora lloran, porque después habrán de reír. Bienaventurados los que reciben odio, desprecio, insultos y maledicciones, pues su recompensa les llegará en el reino de los cielos». Lucas 6, 20-22 .

16. Una vez hubo acabado Jesús de enumerar sus bienaventuranzas, un enorme alboroto se extendió entre la multitud. Todos empezaban a creer que el Mesías al que tanto tiempo habían esperado por fin se encontraba entre ellos.

17. Jesús aguardó a que se hiciera el silencio de nuevo. Contempló la multitud y se dio cuenta de que algunos intentaban sembrar la duda y el desacuerdo entre ellos, pues creían que solo Dios podía realizar aquellas promesas, y no alguien a quien veían como un mero pecador, un blasfemo. Sin embargo, estos últimos eran minoría.

18. Una vez la multitud hubo guardado silencio, Jesús prosiguió: «Sin embargo, ¡ay de vosotros los ricos, porque ya habéis recibido el consuelo que os correspondía! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis saciados, porque vais a pasar hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque vais a tener dolor y llanto! ¡Ay de vosotros cuando todo el mundo os alabe, porque eso es lo que hacían los antepasados de esta gente con los falsos profetas! [xvi]

19. Tales palabras causaron mucha más división de opiniones entre la gente. Judas vio que muchos se alejaban, contrariados.

20. Jesús volvió a esperar hasta que amainó el clamor. A continuación, les pidió a sus discípulos que reunieran en torno a él a todos aquellos que aún desearan oír sus palabras.

21. Jesús se sentó en el suelo y, con gran misericordia y comprensión, siguió explicando la buena nueva de la venida del Reino de Dios a Israel. Véase Marcos 1, 14-15; Mateo 4, 12-17 .

22. Judas se echó a llorar cuando oyó que Jesús le decía a la multitud: «Muy fácil es amar a quienes ya os aman. Mucho más difícil resulta otorgar misericordia y unión allá donde solo hay discordia. Sed misericordiosos, pues misericordioso es vuestro Señor en los cielos». Véase Lucas 6, 33-36; Mateo 5, 46-48.

23. Jesús añadió que jamás había que condenar a los semejantes, pues nadie había entre ellos que estuviese libre de pecado: «¿Quiénes somos nosotros para erigirnos en jueces del prójimo?».

24. Judas se repitió aquellas palabras que acababa de pronunciar Jesús, pues deseaba repetírselas a todos aquellos que no habían estado presentes para oír hablar al maestro. Jesús añadió: «¿Por qué miras la mota que tiene tu hermano en su ojo y no te fijas en la viga que tienes en el tuyo?

¿Cómo podrás decirle a tu hermano: “Deja que te saque la mota que tienes en el ojo”, cuando tienes una viga en el tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver con claridad para sacar la mota del ojo de tu hermano». Véase Lucas 6, 41; Mateo 7, 3.

25. Los que allí seguían quedaron visiblemente conmovidos por aquellas palabras tan sabias y misericordiosas, y comprendieron la bondad y el poder que residían en las prédicas de Jesús.

26. En ese momento, Jesús les explicó otra parábola: «Ningún árbol sano da mal fruto, como tampoco el árbol enfermo da buen fruto. Por el fruto se conoce el árbol. No pueden recogerse higos de los espinos, ni pueden vendimiarse uvas de las zarzas. Del que es bueno, como su corazón es rico en bondad, brota el bien; y del que es malo, como es rico en maldad, brota el mal». Véase Lucas 6, 43-45; Mateo 12, 33-35.

27. Al oír aquellas palabras, Judas les susurró a los demás discípulos: «Este hombre solo tiene bondad y misericordia para aquellos que se acercan a tocarlo. Afortunados somos de haber encontrado a nuestro rabí y maestro».

28. Jesús oyó lo que acababa de decir Judas y se volvió hacia los demás discípulos: «Guardaos bien de llamarme maestro hasta que no comprendáis del todo mi propósito y podáis llevar vuestra vida de modo acorde con mis enseñanzas. Quien de vosotros lo consiga construirá su casa sobre cimiento de roca. Cuando estallen las tormentas más violentas, su casa habrá de permanecer segura. Pero si me llamáis maestro y no vivís en virtud de las palabras que os he enseñado, entonces edificaréis vuestra casa sobre arena. Y así, cuando estalle la tormenta, y os digo que habrá de llegar, vuestra casa se derrumbará. Reflexionad hondamente sobre lo que os digo. De lo contrario, todas vuestras esperanzas no acabarán sino en decepción. Habréis de ser perfectos, como perfecto es nuestro Padre que está en los cielos». Véase Lucas 6, 46-69; Mateo 5, 48.

29. Cuando acabó de hablar, Jesús se puso en pie y paseó entre la multitud, al tiempo que bendecía a aquellos que se habían quedado para oírle. A continuación, les dijo que podían irse, que regresaran a casa.

30. Una vez la multitud se hubo disgregado, Jesús prosiguió su camino hacia el Mar de Galilea.

31. Judas, junto al resto de los discípulos, siguió al maestro.

32. No habían avanzado mucho cuando Judas se atrevió a preguntar: «Maestro, ¿quién es tu Padre?».

33. Jesús respondió: «Mi Padre está en los cielos».

34. Judas dijo: «Cuando estabas rezando en las colinas, ¿hablabas con tu Padre?».

35. Jesús se giró hacia Judas y dijo: «Así es, hablaba con mi Padre, que está en los cielos». Véase Lucas 11, 1-2.

36. «Entonces, maestro, ¿nos enseñas a rezarle a tu Padre, que está en los cielos?».

37. Jesús sonrió y se giró hacia el resto de sus discípulos para decirles: «Siempre que recéis, repetid estas palabras:

Padre, santificado sea tu nombre.

Venga a nosotros tu reino.

Danos cada día el pan que necesitamos.

Perdónanos nuestros pecados,

como también nosotros perdonamos

a quienes nos hacen mal.

Y no permitas que nos apartemos de ti».

Véase Lucas 11, 1-4 [xvii]

38. Los discípulos repitieron aquellas palabras, hora tras hora, día tras día, para que aquella oración que Jesús les había enseñado pudiera transmitirse a las generaciones venideras.

CAPÍTULO 10

Dadles de comer

1. Una vez Jesús hubo terminado de enseñar la oración a sus discípulos, prosiguieron su viaje hacia Cafarnaún.
2. Al entrar en el pueblo, para sorpresa y terror de Judas, un centurión les salió al paso.
3. El centurión dijo: «Mi sirviente ha caído enfermo. Está en la cama, incapaz de moverse».
4. Jesús respondió: «Llévame hasta tu casa y lo sanaré».
5. El centurión dijo: «Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa. Pero una sola palabra tuya bastará para que mi sirviente se cure, pues yo también estoy sujeto a mis superiores, y a la vez tengo soldados a mis órdenes. Si a uno de ellos le digo: “Vete”, va; y si le digo a otro: “Ven”, viene. Así pues, si le dices a mi sirviente que se cure, quedará curado».
6. Jesús dijo: «Vuelve a tu casa y verás que tu sirviente ya está curado». En ese mismo instante, el sirviente se curó de su enfermedad y se levantó de la cama.
7. Jesús se volvió hacia sus discípulos y les dijo: «En ningún rincón de Israel he visto fe semejante a la de ese hombre». Véase Mateo 8, 5-13; Lucas 7, 1-10.
8. Aunque Jesús le dijo a los integrantes de la multitud que se había reunido allí a esperarlo que se dispersasen y regresasen a casa, a cada paso comprobaba que había más y más gente.
9. Aquellos que lo rodeaban estaban a todas luces cansados y hambrientos. Jesús paseó entre la multitud entre grandes muestras de misericordia y preocupación. Entonces se volvió hacia Pedro y le dijo: «Dadles de comer». Marcos 6, 37; Mateo 14, 16; Lucas 9, 13.
10. Judas quiso decirle al maestro que apenas tenían comida suficiente para los seguidores más cercanos. Ya que la multitud allí reunida era enorme y lo único que había cerca era el Mar de Galilea, lo más prudente era decirles que se fueran a sus casas.
11. Pedro tampoco era capaz de entender la orden que le había dado su maestro. Advirtió a Jesús con estas palabras: «Lo único que tenemos son cinco hogazas de pan y dos peces».
12. Entonces Jesús les dijo a sus discípulos: «Me da lástima esta gente. Ya hace tres días que están conmigo y no tienen nada que comer. Si los despidió y los dejó ir a sus casas en ayunas, van

a desfallecer por el camino. Y algunos han venido de lejos, de Tiro, Sidón y la Decápolis». Véase Marcos 8, 1-3; Mateo 15, 32.

13. Faltaba poco para la Pascua Judía y había mucha hierba florecida en el suelo.

14. Jesús les dijo a sus discípulos que colocasen a la multitud del mismo modo que Moisés había hecho con el pueblo de Israel cuando rompieron las cadenas de la esclavitud de Egipto durante la primera Pascua Judía. Éxodo 18, 21-25; Números 31, 14; Deuteronomio 1, 15.

15. La multitud allí reunida alcanzaba los cinco mil. Todos se reunieron alrededor de Jesús, a la espera de sus órdenes.

16. Judas recordó que la muchedumbre que aguardaba la llegada del Mesías en Khirbet Qumrán se había organizado en grupos de mil, cien, cincuenta y diez. Regla de la Comunidad 2, 21-23; Regla de la Congregación 1, 14-15; 28-29; 2, 1; Regla de la Guerra; 4, 1-5; 16-17. [xviii]

17. Judas conocía aquella tradición ancestral de los observantes de Qumrán, así que empezó a organizar a la multitud tal y como Jesús había dispuesto.

18. Una vez organizada la multitud, Jesús echó mano de las hogazas de pan y, elevando la vista al cielo, dio gracias.

19. A continuación, les dijo a los discípulos que repartieran las hogazas entre la multitud.

20. Judas y los demás discípulos recorrieron las hileras de seguidores y pudieron alimentar a todo el mundo según lo que necesitaba cada uno. Cuando acabaron de repartir los peces, no quedó nadie con hambre.

21. Una vez todos hubieron comido, Jesús le dijo a Pedro: «Dile a los discípulos que reúnan toda la comida que ha sobrado». Véase Juan 6, 12; Marcos 6, 43; 8, 8; Lucas 9, 17.

22. Los discípulos obedecieron la orden y, entre todos, llenaron doce canastos con la comida sobrante.

23. Por dos veces contó Judas los canastos, pues no podía creer que hubiesen dado de comer a cinco mil personas y que aún les hubiese sobrado tanta comida.

24. Mientras los demás discípulos seguían recogiendo comida sobrante, Judas le recordó a Pedro una de las antiguas promesas que Dios había hecho a Moisés: «Por eso yo suscitaré entre sus hermanos un profeta como tú; pondré mis palabras en su boca, y él les comunicará todo lo que yo le mande». Deuteronomio 18, 18.

25. Pedro les contó aquella buena nueva a los demás discípulos, quienes a su vez empezaron a contárselas a aquellos seguidores que se hallaban cerca: el profeta que tanto tiempo llevaban esperando, aquél que le había sido prometido a Moisés, se encontraba entre ellos.

26. El milagro de los panes y los peces con el que Jesús había alimentado a todos aquellos congregados junto al mar de Galilea llenó de esperanza a aquellos devotos judíos que habían

estado esperando que se cumpliera la promesa hecha a Moisés: «Y hete aquí que en aquella misma hora el preciado maná descenderá de las alturas y lo comerán durante esos años, pues serán ellos los que habrán llegado al fin de los días». Libro II de Baruc; 29, 8. [xix]

27. Muchos de aquellos que habían venido con la esperanza de presenciar otro de los milagros de Jesús empezaron a creer que con él se cumplirían las promesas que Dios había hecho al pueblo judío.

28. Mientras los discípulos seguían comunicando aquella buena nueva, un murmullo empezó a extenderse por la multitud. Pronto el murmullo fue de boca en boca, de grupo en grupo, hasta convertirse en un clamor: «He aquí al profeta que debía venir al mundo. Hemos de apoyarlo y convertirlo en nuestro rey». Véase Juan 6, 14-15.

29. Sin embargo, Judas sintió miedo al oír aquel clamor. Les recordó a los otros discípulos que los romanos tenían órdenes de matar a cualquiera que el pueblo señalara como profeta.

30. Judas les sugirió que quizá Jesús debería decirle a la multitud que se dispersase, pues aquél no era ni el momento ni el lugar para proclamar a un rey mesiánico.

31. Ya había sucedido con otros profetas como Teudas, a quien los romanos habían asesinado junto con sus seguidores por afirmar que era el Mesías. Véase Hechos 5, 36-37.

32. Sin embargo, la misericordia de Jesús parecía no tener límites, como bien demostró la siguiente orden que les dio: «Repartid esos doce canastos de comida entre la gente, para que puedan volver a sus casas sin pasar hambre ni desmayarse por el viaje». Véase Marcos 8, 1-3; Mateo 15, 32.

33. Una vez los discípulos hubieron cumplido la orden de Jesús, Pedro dijo que había llegado el momento de proseguir su camino.

34. Pusieron rumbo al norte, mas no entraron en ningún pueblo, pues temían que la presencia de Jesús volviese a reunir a grandes multitudes, cosa que no haría más que retrasar su viaje.

35. Mientras atravesaban aquellos caminos polvorientos, los discípulos comentaban entre sí el milagro de los panes y los peces. Judas estaba convencido de que aquel milagro era la prueba de que las promesas de Dios al pueblo judío se habían cumplido en Jesús.

36. Es más, tanto Pedro como otros discípulos empezaban a creer que habían sido elegidos y que pronto llegaría su hora.

37. Sin embargo, Jesús seguía diciéndoles a sus discípulos que no lo llamasen maestro y que jamás se refirieran a él como el Mesías.

CAPÍTULO 11

¿Quién dice la gente que soy?

1. Un día, mientras los discípulos descansaban en la aldea de Cesárea de Filipo, Jesús le preguntó a Pedro: «¿Quién dice la gente que soy?». Marcos 8, 27; Mateo 16, 13; Lucas 9, 18.
2. Pedro no estuvo seguro de qué responder. Muchos de los discípulos pensaban que Jesús era el Mesías, aunque no todos tenían la absoluta convicción de que así fuera.
3. Para algunos de ellos, el milagro de los panes y los peces, que había alimentado a cinco mil personas, así como las demás señales que habían presenciado, eran pruebas más que suficientes de que Jesús ya había colmado las esperanzas de aquellos que habían decidido seguir sus pasos.
4. Sin embargo, Pedro les recordó a los demás discípulos que Jesús siempre insistía en que no debían afirmar que era el Mesías. Así pues, nadie sabía bien cuál debía ser la respuesta de Pedro a la pregunta de Jesús, sobre todo teniendo en cuenta la importancia política de encontrarse en aquel momento en la aldea de Cesárea de Filipo. [xx]
5. Judas le aconsejó lo siguiente a Pedro: a la hora de responder a la pregunta de Jesús, «¿Quién dice la gente que soy?», lo mejor sería que Pedro dijese: «Algunos dicen que eres Juan el Bautista. Otros dicen que eres el profeta Elías, aquél que debe venir antes de la llegada del Mesías. Otros muchos creen que eres uno de los profetas que Moisés nos prometió largo tiempo atrás». Véase Marcos 8, 28; Mateo 16, 14; Lucas 9, 19.
6. Judas le recordó a Pedro que la mayoría de los judíos aceptaba que había una relación estrecha entre Juan el Bautista y la figura de Elías. Juan se vestía, comía y vivía igual que Elías. Por lo tanto, quizá Jesús solo cumplía la profecía de Malaquías: «He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible». Véase Malaquías 4, 5.
7. Los demás discípulos acordaron que esa era la respuesta que Pedro debía dar a la pregunta de Jesús: «¿Quién dice la gente que soy?», pues ninguno de ellos pensaba que Juan el Bautista o Elías fuesen el verdadero Mesías.
8. Asimismo, Judas les recordó a todos la promesa de la Torá: «Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare». Deuteronomio 18, 18.
9. Aunque muchos de los discípulos pensaban que Jesús era aquel al que tanto tiempo habían esperado, el Mesías, aún había muchos en Galilea, en especial entre los venerables ancianos, que

se negaban a aceptar incluso que Jesús fuera un profeta.

10. Los escribas y fariseos seguían conminando a sus seguidores a rechazar todo lo que representaba Jesús. Hacía poco que habían empezado a tramitar un plan junto con los herodianos para librarse de él.

11. A pesar de los muchos milagros que Jesús había llevado a cabo, y de la cantidad de seguidores que tenía, incluso entre sus más allegados había algunos que se resistían a creer que el humilde hijo de un carpintero de Nazaret fuese el Mesías.

12. Había quien se seguía preguntando: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?». Juan; 1, 46.

13. Asimismo, otros discípulos se les oyó decir: «Basta examinar las Escrituras para ver que de Galilea no ha de salir jamás un profeta». Juan 7, 52.

14. Por si fuera poco, algunos de los venerables ancianos habían dado pábulo a rumores que afirmaban que Jesús había sido concebido en pecado.

15. Tanto los fariseos como los líderes de las comunidades religiosas de Israel se regían por la tradición que decía: «Nosotros no somos hijos de la fornicación. Nuestro padre es únicamente Dios». Juan 8, 41.

16. Una vez Pedro hubo respondido a la pregunta: «¿Quién dice la gente que soy?», Jesús se apresuró a preguntar: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?».

17. Pedro, que a veces actuaba de forma brusca e impaciente, fue incapaz de controlarse y respondió directamente: «Nosotros creemos que eres el Mesías».

18. «No habléis abiertamente de ello», previno Jesús a sus discípulos, «ni siquiera entre vosotros». Marcos 8, 29-30; Mateo 16, 15-20; Lucas 9, 20-21.

19. Aquellas palabras apenaron a Judas, quien sin embargo se aferró al hecho de que Jesús no había negado ser el Mesías.

20. Sea como fuere, ninguno de los discípulos estaba preparado para las siguientes palabras de Jesús: «El Hijo del Hombre tiene que sufrir mucho; va a ser rechazado por los ancianos del pueblo, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la ley». Véase Marcos 8, 31; Mateo 16, 21-22; Lucas 9, 22.

21. Judas no alcanzaba a comprender la razón por la que Jesús se denominaba a sí mismo «Hijo del Hombre». No recordaba que el maestro hubiese mencionado aquellas palabras para referirse a sí mismo con anterioridad. De hecho, iban en contra de todo lo que había empezado a creer desde que acompañaba a Jesús.

22. Judas preguntó a los demás discípulos si habían oído a Jesús referirse a sí mismo como «Hijo del Hombre» con anterioridad. Tanto Pedro como Santiago afirmaron que Jesús había empleado aquellas palabras en sermones anteriores, siempre que había llevado a cabo algún milagro, o «cuando explicaba el poder que le permitía perdonar pecados y que le daba autoridad sobre el

Sabbat». Véase Marcos 2, 10; 28. [xxi]

23. Judas reflexionó largo tiempo sobre aquel dilema, hasta que por fin recordó las palabras del profeta Ezequiel, quien había usado la expresión «Hijo del Hombre» para marcar la diferencia entre el profeta mortal y Dios, pues éste último siempre tolera las debilidades de los seres humanos.

24. Judas concluyó que el maestro debía de haberse referido a Ezequiel, quien mantenía que el Dios de Israel lo había elegido a él, un simple mortal, para anunciar la llegada de Su reino a la tierra.

25. Tanto y tan vasto era el conocimiento de Judas de las sagradas escrituras que les recordó los demás discípulos otro fragmento del libro del profeta Daniel que también venía a colación.

26. Daniel había tenido un sueño en el que muchos monstruos surgían del mar y destruían todo a su paso. Judas estaba convencido de que aquello simbolizaba la destrucción a la que el Imperio Romano había sometido a las vidas, la fe y las tradiciones religiosas de Israel.

27. Judas recordaba que aquellos monstruos simbólicos habían sido sometidos al juicio de Dios, a quien Daniel describía como un «anciano de gran edad», para ser posteriormente derrotados y aniquilados.

28. Judas repitió palabra por palabra aquel fragmento escrito por Daniel: «Después, mientras contemplaba la visión nocturna, vi venir sobre las nubes del cielo a alguien que parecía un ser humano. Cuando llegó junto al anciano de gran edad, lo presentaron ante él y le fueron concedidos poder, honor y reino. Le rindieron homenaje gentes de todos los pueblos, naciones y lenguas. Su poder es eterno, nunca sucumbirá; su reino no será destruido». Daniel 7, 13-14.

29. Aunque Judas había comprendido por fin el motivo por el que Jesús había usado la expresión «Hijo del Hombre», volvió a quedar desconcertado cuando el maestro les dijo más tarde a sus discípulos: «Al Hijo del Hombre se le dará muerte en Jerusalén, pero al tercer día volverá a alzarse de entre los muertos». Véase Marcos 8, 31; Mateo 16, 21; Lucas 9, 22.

30. Cuando Pedro oyó aquellas palabras, dijo con firmeza: «Maestro, si viajar a Jerusalén supondrá tu muerte, no tenemos intención alguna de llevarte allí».

31. Muchos otros han escrito sobre lo que sucedió a continuación, pero Judas jamás llegaría a olvidar las palabras de Jesús, pues comprendió de forma profunda su significado.

32. Jesús no lanzó bendición alguna sobre Pedro, tal y como otros evangelios previos afirman. En lugar de eso, lo que hizo Jesús fue decir: «¡Quítate de delante de mí, Satanás! ¡Tú no piensas como piensa Dios, sino como piensa la gente!».

33. Aquellas palabras de Jesús, «quítate de delante de mí», tenían como objetivo recordar a los discípulos la llamada a la fe que habían recibido. Cuando Jesús había irrumpido en sus vidas, les había dicho: «seguidme». Según la interpretaba Judas, aquella orden era un llamamiento para que siempre fueran tras él, pues él era el maestro.

34. Así pues, lo que Jesús les decía a sus discípulos era que lo siguieran sin vacilar, fuera cual fuese su camino, por más que Jesús supiera que ninguno de ellos era capaz de entender el motivo por el que les daba aquella orden.

35. Asimismo, Judas comprendió a qué se refería Jesús cuando empleaba la palabra «Satan» en presencia de sus discípulos.

36. En arameo, lengua que empleaba Jesús para hablar con sus discípulos, la palabra satana significa «piedra de tropiezo», en el sentido de alguien que se opone a la voluntad de Dios. [xxii]

37. Así pues, cuando Jesús les dijo «Quítate de delante de mí, Satanás», Judas comprendió que sus palabras significaban: «Sois piedras de tropiezo en mi camino, obstáculos que me impiden cumplir la voluntad de Dios, pues vuestros deseos responden al impulso de vuestra humanidad, y no comprendéis los caminos del Señor». Véase Marcos 8, 33; Mateo 16, 17-23.

38. Los discípulos dedicaron el resto de la noche a discutir qué significaban las palabras de Jesús, sobre todo aquel vaticinio sobre un próximo viaje a Jerusalén, donde le aguardaba el sufrimiento y la muerte para regresar de entre los muertos tres días después, lo cual confirmaría la resurrección del Hijo del Hombre.

39. Por más que se esforzase en buscar, Judas no encontraba fragmento alguno de la Torá que relacionase el sufrimiento y la muerte con el cumplimiento de las esperanzas que Israel había depositado en la llegada del Mesías. Las palabras de Jesús lo habían alterado sobremanera.

40. Al romper el alba, Jesús reunió a los discípulos.

41. Se dirigió a ellos en tono solemne y les dijo: «La hora se aproxima. Ha llegado el momento de dirigirnos a Jerusalén». Véase Lucas 9:51.

42. Sin mediar más palabra entre ellos, los discípulos se pusieron en pie al unísono y fueron tras Jesús, que empezó a descender la ladera del monte Hermón hacia la planicie que los llevaría hasta Jerusalén.

43. Todos los discípulos eran conscientes de que, si el Mesías quería reclamar el trono de David, era necesario que entrase en la ciudad santa de Jerusalén. Y sin embargo, tenían miedo.

44. Si Jesús no les hubiera advertido de que le aguardaban sufrimiento y dolor, de buena gana habrían caminado a su lado con el corazón lleno de alegría.

45. En aquel momento, Judas aún quería creer que se embarcaban en un viaje que culminaría con el ascenso al trono mesiánico de Jesús. Si para lograrlo tenía que sacrificar su propia vida, Judas estaba dispuesto a hacerlo.

CAPÍTULO 12

El Hijo del Hombre no ha venido a destruir vidas

1. Antes de emprender el viaje hacia Jerusalén, Pedro empezó a repartir ciertas tareas entre los discípulos.
2. Dado que Judas había organizado el reparto de comida entre los cinco mil seguidores, se decidió que a partir de aquel momento fuese el encargado de las finanzas del grupo.
3. La tarea principal de Judas era asegurarse de que tanto Jesús como el resto de discípulos y las mujeres que los seguían tuviesen siempre algo que llevarse a la boca, así como ropas y un sitio donde dormir.
4. Arduo y largo era el camino desde el monte Hermón hasta Jerusalén. El viaje habría de durar varios días. A pesar de tener un estilo de vida muy frugal, Judas sabía que iban a necesitar bastante ayuda a lo largo del camino si querían llegar a la ciudad santa en condiciones lo bastante aceptables como para que el maestro se presentase como el Mesías y tomase posesión de su título de rey de Israel.
5. Judas también era consciente de que, en el largo camino entre Galilea y Jerusalén, iban a encontrar no pocas dificultades, sobre todo cuando atravesasen Samaria, «pues los samaritanos eran incapaces de compartir nada con los judíos». Véase Juan 4, 9.
6. Las cosas serían de otra manera si el maestro se prestaba a imponer su autoridad sobre aquellos que resultasen ser piedras de tropiezo en su camino.
7. Judas también tuvo que tener en cuenta la posibilidad de que los atacasen bandidos mientras recorrían el camino a Jerusalén.
8. Dichos bandidos solían ser grupos de hombres y mujeres que ya no podían permitirse pagar los abusivos impuestos de las autoridades romanas, y que habían abandonado sus pueblos y aldeas natales para refugiarse en las montañas, donde vivían en cuevas y atacaban a los extranjeros que pasaban por los caminos. A veces llegaban incluso al extremo de matarlos.
9. Judas suponía que el maestro preferiría evitar este tipo de encuentros desagradables y que optaría por una ruta algo más larga pero segura, que suponía cruzar el río Jordán y entrar en Judea desde el sur.
10. Sin embargo, en cuanto se pusieron en camino no tardaron en comprobar que Jesús prefería

una ruta más directa, lo cual llenó de esperanza a Judas.

11. Judas pensó que aquella decisión suponía que Jesús quería reunir un gran ejército de seguidores por el camino, para que cuando entrasen en la ciudad santa, pudiese imponer su autoridad sobre aquellos que aún no creyesen en él.

12. Como ya estaban cerca del confín con Samaria, pidieron a Santiago y su hermano Juan que se adelantaran para anunciar la llegada de Jesús.

13. Sin embargo, para decepción de los dos hermanos, en el primer pueblo en el que entraron no había muchos aldeanos dispuestos a darle la bienvenida a Jesús.

14. Los samaritanos no querían advertir a los romanos de la llegada de Jesús, pues eso supondría que arrasasen su pueblo hasta los cimientos por haber dado cobijo a un falso profeta y a sus seguidores.

15. Santiago y Juan regresaron junto a Jesús y le pidieron que castigase a los samaritanos por su falta de fe: «Señor, ¿quieres que mandemos que caiga fuego del cielo, como hizo Elías, para que los destruya?». Lucas 9, 54.

16. La respuesta de Jesús los decepcionó: «El Hijo del Hombre no ha venido a destruir vidas, sino a salvarlas». Y así, prosiguieron su camino. Véase Lucas 9, 55-56.

17. Judas, que era de la misma opinión que Santiago y Juan, empezó a preocuparse mucho por lo que podría sucederles a todos una vez llegaran a Jerusalén.

18. Los demás discípulos siguieron las órdenes del maestro sin vacilar. Rodearon el pueblo samaritano y evitaron cualquier tipo de enfrentamiento con sus habitantes.

19. Un pequeño grupo de seguidores salió del pueblo y se unió a Jesús, pero apenas eran unos pocos.

20. Aquella noche, mientras los demás cenaban y descansaban, Jesús se apartó del grupo y se sumió en sus oraciones.

21. Judas se arrodilló junto a su maestro y oyó que Jesús murmuraba la palabra Abba. [xxiii]

22. Aquello volvió a alentar la esperanza de Judas de que Jesús fuese realmente el hijo de Dios, si bien no comprendía el motivo por el que el maestro seguía refiriéndose a sí mismo como «Hijo del Hombre».

23. ¿Por qué vaticinaba Jesús que moriría poco después de entrar en Jerusalén? ¿Por qué decía que resucitaría de entre los muertos tres días después y regresaría junto a sus seguidores para ocupar su lugar a la derecha de Dios?

24. Judas seguía rezando para que Dios le proporcionara a Jesús el modo de derrocar a sus enemigos cuando entrasen en Jerusalén, para así ocupar el trono de David en Israel.

CAPÍTULO 13

Toma tu cruz y sígueme

1. Al despuntar el alba al día siguiente, Jesús y su grupo cada vez más numeroso de seguidores prosiguió su viaje hacia el sur en dirección a Jerusalén.
2. Al pasar por la ciudad de Enón, les salió al paso una gran multitud que quería unirse a Jesús en su marcha triunfal.
3. Entre aquellos que se habían reunido en torno a Jesús se encontraba un joven adinerado que poseía varias leguas de tierra, enormes rebaños y una gran hacienda con numerosos sirvientes.
4. Judas se acercó a él y se presentó.
5. Aquel joven adinerado le dijo a Judas que si Jesús le aseguraba que le daría un puesto de importancia una vez se hubiese entronado como rey de Israel, de buena gana sacrificaría todas sus riquezas por su causa.
6. Judas, consciente de lo mucho que podría contribuir a su propósito aquel joven adinerado, lo llevó junto al maestro, quien lo recibió con los brazos abiertos.
7. El joven, alentado por el gesto de Jesús, dijo: «Buen rabí, ¿pretendes establecer el reino de Dios en Israel?».
8. Jesús sonrió. «¿Por qué me llamas buen rabí? Solo Dios es bueno». Marcos 10, 18; Lucas 18, 19.
9. A Judas le encantó oír aquella respuesta de labios del maestro pues, como devoto judío que era, no deseaba que Jesús fuese un dios, al contrario de lo que estipulaban las creencias griegas. Ningún hijo verdadero de Israel desearía tal cosa. Solo existía un Dios verdadero, y aunque el Mesías era el anhelado mensajero de Dios, no era Dios en sí mismo.
10. El joven adinerado, conmovido por la respuesta de Jesús, se atrevió a preguntar si podía unirse a él en calidad de discípulo.
11. Jesús dijo: «Sí, pero antes debes obedecer los mandamientos de Dios».
12. «¿Y cuáles son esos mandamientos?».

13. «No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No levantarás falso testimonio. No engañarás. Honrarás a tu padre y a tu madre».

14. Aquel joven adinerado quedó confundido, pues le habían enseñado que aquellos eran los mandamientos de Moisés. «Maestro, yo obedezco esos mandamientos desde que era niño».

15. Jesús sonrió y accedió a que se uniese a los discípulos, pues sabía que era un hombre de gran fe.

16. El joven quedó abrumado de agradecimiento y le aseguró a Judas que estaba dispuesto a dejarlo todo por seguir al maestro.

17. Jesús, al oír sus palabras, dijo: «Vete y vende todas tus posesiones. Reparte entre los pobres todo lo que ganes. Así te aguardarán cuantiosas riquezas en el Cielo. Luego ven, toma tu cruz y sígueme». Véase Marcos 10, 21; Mateo 19, 21; Lucas 18, 22.

18. Judas empezó a preocuparse, pues pensaba que, si Jesús quería entronarse como Hijo de David, el Mesías y el rey de Israel, no podía limitarse a ser un profeta itinerante, ni mucho menos rechazar generosas proposiciones como la del joven adinerado. Y lo que era peor, le había ordenado al joven que vendiese todo lo que poseía y distribuyese sus riquezas entre los pobres, lo cual entraba en conflicto con las tradiciones más arraigadas de Israel.

19. En toda la historia de Israel, la gloria de Dios se solía medir en términos de la riqueza y éxito de la nación.

20. Durante el reinado de David, el pueblo judío vivía en numerosas tierras, producía abundantes cosechas y sus rebaños siempre eran copiosos. Eso se debía a que en la gran ciudad reinaba un rey poderoso, tan respetado como temido por los habitantes de los países circundantes.

21. A Judas le habían enseñado que, en aquella época, Israel se encontraba en comunión con Dios. Así pues, albergaba la esperanza de que con Jesús se volviese a aquella envidiable situación.

22. ¿Acaso no había entonado Salomón este canto en honor al gran rey David?

«¡Viva el rey!

Que le den el oro de Sabá.

Que el pueblo ore por él sin cesar y que todos los días lo bendigan.

Que haya abundantes cosechas por toda la tierra, aun en las cumbres de los montes.

Que los árboles frutales den fruto como lo hacen en el Líbano

que el fruto brote como la hierba en el campo.

Que su nombre perdure para siempre,
y continúe mientras el sol brille.
Que todos sean en él bendecidos;
que todas las naciones lo alaben».

Salmos 72, 15-17.

23. Judas, desesperado, contempló cómo el joven adinerado rechazaba a Jesús y se apartaba de él.

24. Lo único que dijo el joven adinerado a Judas fue: «Has decidido seguir a un hombre muy peligroso que propiciará la caída de muchos en Israel». Véase Lucas 2, 34.

CAPÍTULO 14

Gentes de poca fe

1. El zarrapastroso grupo de seguidores de Jesús avanzaba hacia el sur en dirección a Jericó. Judas le advirtió a Pedro que se les acababa el dinero. Sería mejor avisar al maestro.
2. Pedro prefirió no darle a Jesús aquellas malas noticias. Le dijo a Judas que cumpliera sin vacilación la voluntad del maestro.
3. Judas volvía a estar desesperado, pero una vez más se presentó una buena oportunidad: un escriba generoso y devoto con gran habilidad para interpretar las leyes de Israel vino a ver a Jesús. Le dijo: «Maestro, te seguiré allá adonde vayas». Véase Mateo 8, 19-20; Lucas 9, 57-58.
4. Pero Jesús dijo: «Los zorros tienen madrigueras, y los pájaros del aire tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene lugar alguno en el que descansar».
5. El escriba, incapaz de entender lo que quería decir Jesús cuando hablaba del «Hijo del Hombre», acabó por marcharse.
6. Otro hombre se acercó a Jesús y le dijo: «Me gustaría seguirte, pero primero tengo que regresar a Galilea a enterrar a mi padre».
7. Judas quedó perplejo al oír la réplica de Jesús: «No, sígueme ahora. Deja que los que están muertos se ocupen de sus muertos». Mateo 8, 21-22.
8. Los que oyeron aquellas palabras sabían a ciencia cierta que era el deber de cualquier hijo de Israel ir a enterrar al propio padre, pues la familia era el centro de la vida judía y el padre era su cabeza visible.
9. Aquel hombre se apartó de Jesús y regresó a Galilea.
10. Judas le dijo a Pedro: «¿Acaso no era uno de los diez mandamientos que Dios le dio a Moisés en el Sinaí “Honrarás a tu padre y a tu madre para que vivas muchos años en la tierra que el Señor tu Dios te da”?». Éxodo 20, 12.
11. Pedro, sin embargo, ignoró la pregunta. Les recordó a los demás discípulos el verdadero significado de aquella advertencia de Jesús: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!». Aquello no hizo sino aumentar los miedos de Judas.

12. Jesús, consciente de lo que estaban pensando todos, reunió a los discípulos en torno a sí y les preguntó: «¿A qué viene ese miedo, gentes de poca fe?». Véase Mateo 8, 26; Marcos 4, 40-41; Lucas 8, 25.

13. Judas no comprendía qué motivo podía tener Jesús para hablarles de aquella manera. ¿Acaso no habían demostrado en un millar de ocasiones su compromiso con él? ¿Habían puesto en tela de juicio alguna vez su autoridad?

14. Al bordear el ocaso del tercer día de viaje, Jesús y sus seguidores llegaron a las laderas del monte Tabor. Allí empezaron a prepararse para descansar antes de que cayera la noche. [xxiv]

15. Judas empezó a repartir comida y mantas para el frío de la noche que les aguardaba. De pronto, vio que Jesús llevaba a un aparte a Pedro, Santiago y Juan. Véase Mateo 17, 1.

16. Sin explicación alguna, los tres empezaron a ascender la empinada cuesta de la montaña.

17. Judas y los otros discípulos se echaron a dormir y no despertaron hasta el alba. Para entonces Jesús había regresado y se paseaba entre ellos. Les dijo: «Vamos a descansar un poco más antes de proseguir con nuestro viaje». Véase Marcos 6:31.

18. Judas se fijó en que Pedro, Santiago y Juan cuchicheaban entre ellos.

19. Judas se acercó a Pedro y le preguntó: «¿Qué habéis hecho con Jesús ahí en la montaña?».

20. Pedro era incapaz de ocultar su gozo. Aunque el maestro les había dicho que no contasen nada de lo que había sucedido en la montaña, apenas dudó un segundo antes de decir: «Vi una luz poderosa y ante mí aparecieron personas del Israel de antaño que se dirigían a Jesús. Los cielos se abrieron y una voz dijo: “He aquí a mi hijo amado, en quien me complazco. Escuchad sus palabras”».

21. Después de decir aquello, Pedro añadió: «Ahora comprendo lo que nos aguarda cuando lleguemos a Jerusalén, pero he aceptado que Jesús se alzaré de entre los muertos». Véase Marcos 9, 9-13; Mateo 17, 9-13.

22. Judas, desconsolado, se alejó de Pedro. Si Jesús era de verdad el Mesías de David, el rey de Israel, ¿por qué iba a entrar en Jerusalén para que lo matasen, para poder resucitar de entre los muertos tres días después? No había nada en la tradición escrita u oral judía que indicase que algo semejante fuese a suceder.

23. En cualquier caso, Judas había comprendido que la posibilidad de que Jesús muriese ya no preocupaba a Pedro, a Santiago o a Juan, que parecían del todo abrumados por lo que habían visto en la montaña la noche anterior.

24. Por primera vez, Judas empezó a dudar de que Jesús, en quien tanta fe y compromiso había depositado, fuera el Mesías que Israel había esperado tanto tiempo.

25. Judas se apartó de los demás discípulos y guardó en secreto estas impresiones.

26. Cuando el sol llegó al punto más alto, Jesús se detuvo a descansar y reunió a su alrededor a sus seguidores. Se dirigió a ellos con estas palabras: «El Hijo del Hombre será entregado a los hombres que lo matarán, pero Dios no habrá de abandonarlo. Vivirá de nuevo junto a todos vosotros del otro lado de la muerte». Véase Marcos 9, 31; Mateo 17, 22-23; Lucas 9, 44. [xxv]

27. Judas amaba al maestro por encima de todas las demás personas, y además se había entregado en cuerpo y alma a las enseñanzas de Jesús desde que Juan el Bautista le dijera: «He ahí un hombre de Dios, ve con él». Juan 1, 34-36.

28. Sin embargo, Judas también era un devoto hijo de Israel, y como tal esperaba que Jesús cumpliera las profecías que habían enunciado los sabios de Israel. Ahora temía que aquel supuesto Hijo del Hombre no tuviera la menor intención de entrar en Jerusalén con autoridad para reclamar el Trono de David en Israel para el pueblo judío.

29. Mucho sufría Judas con estas reflexiones, pues era consciente de que, si Jesús continuaba el camino que se había marcado, todo estaría perdido. Los romanos volverían a triunfar y la supervivencia de Israel se vería amenazada.

CAPÍTULO 15

Habéis decidido seguir a un hombre peligroso

1. El viaje de Jesús y sus discípulos se aproximaba a su destino: Jerusalén.
2. Planeaban hacer noche en Jericó para luego subir las laderas de Judea hasta entrar en la Ciudad Santa.
3. Cruzaron las puertas de Jericó a primera hora de la tarde. Los vendedores en los mercados estaban ya cerrando los puestos, mientras que los campesinos regresaban a casa desde los campos de labranza.
4. A medida que Jesús pasaba por las calles de Jericó, más y más gente se reunía a su alrededor, pues querían ver al extranjero llegado de Galilea. [xxvi]
5. Los rumores de que había aparecido un nuevo profeta que incluso podría ser el Mesías habían precedido de largo a la llegada de Jesús. Al igual que muchos otros judíos devotos, los ciudadanos de Jericó vivían con la esperanza de que llegase alguien que los librase de la tiranía de Roma.
6. Mientras Jesús paseaba por las calles, algunos se limitaban a detenerse para contemplar a aquel hombre venido de Nazaret, mientras que otros lo saludaban con gritos de «Maestro», «Rabí» o incluso «Mesías». Jesús, sin embargo, seguía su camino sin responder a los gritos de aquella ruidosa multitud.
7. Judas dejó a su maestro y fue en busca de algún alojamiento donde Jesús y los otros discípulos pudieran descansar aquella noche. En realidad buscó en vano, pues no le quedaba suficiente dinero en la bolsa común del grupo para cubrir el gasto del alojamiento. Lo único que podía permitirse era comida para todo el grupo aquel día.
8. Judas regresó con las manos vacías y se encontró a Jesús rodeado de muchos nuevos seguidores. El maestro seguía avanzando lentamente por las calles de Jericó.
9. De pronto y sin previo aviso, Jesús se detuvo. Alzó la mirada y vio, subido a las ramas de un sicomoro, a Zaqueo, el jefe de recaudadores de impuestos de la ciudad.
10. Zaqueo era un hombre corrupto a quien los romanos tenían a sueldo. Los demás judíos lo despreciaban, pero no por ser un pecador, sino por su baja estatura.

11. El hombre bajó la mirada, sobresaltado, y vio a Jesús. La multitud guardó silencio, a la espera de que Jesús se burlase de él. A fin de cuentas, el recaudador de impuestos se había hecho rico trabajando como lacayo de los romanos. Ahora, una multitud hostil lo rodeaba y no tenía modo alguno de escapar.

12. La multitud empezó a burlarse, pero se hizo el silencio cuando Jesús alzó las manos en gesto de saludo y dijo: «Zaqueo, baja del árbol, rápido. Esta noche voy a dormir en tu casa».

13. Zaqueo bajó a trompicones de las ramas del árbol y se detuvo junto a Jesús, de pie en medio de la multitud.

14. Judas contempló perplejo cómo Jesús abrazaba a aquel hombre a quien el resto de los judíos rehuía. Y, lo que era peor, Jesús pretendía pasar la noche bajo el techo de aquel hombre.

15. La compasión de Jesús abrumó tanto a Zaqueo que proclamó ante la sobresaltada multitud: «Mira, Señor, la mitad de las posesiones se las habré de dar a los pobres, y a todos aquellos a los que he engañado habré de devolver lo robado multiplicado por cuatro».

16. La gente recibió aquel ofrecimiento con un estruendoso aplauso. A continuación, dejaron que Zaqueo fuese a toda prisa a su casa para decirles a sus sirvientes que Jesús y sus discípulos habrían de ser sus invitados aquella noche.

17. Judas no alcanzaba a comprender el motivo por el que su maestro le había dicho a aquel joven adinerado que se desprendiese de todas sus posesiones y repartiese su riqueza entre los jóvenes, mientras que a Zaqueo le había permitido conservar la mitad de su dinero.

18. Pedro tampoco era capaz de explicar semejante comportamiento. Él también había quedado perplejo al ver que Jesús pretendía descansar en casa de un hombre a quien habían expulsado de la sinagoga a causa de sus pecados.

19. La multitud que rodeaba a Jesús estaba igualmente perpleja. La mayoría contemplaba la escena en silencio, mientras que otros se habían echado a reír. Algunos incluso le dieron la espalda al maestro.

20. Jesús se alejó de la multitud en dirección a la casa de Zaqueo. Judas y los demás discípulos lo siguieron, reticentes.

21. Jesús entró en la casa del recaudador de impuestos, se dirigió a los sobresaltados sirvientes con estas palabras: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues este hombre también es hijo de Abrahán». Lucas 19, 2-9.

22. Oír que Jesús mencionaba a Abrahán y a Zaqueo en la misma frase indignó a Judas. ¿Acaso no era el primero el padre de su nación mientras que el otro no era más que un despreciable pecador?

23. Una vez hubieron compartido la comida, Jesús se dirigió a sus discípulos. Les volvió a recordar que se acercaba su hora. Pronto regresaría con su Padre, pero después de tres días volvería a alzarse de entre los muertos y volvería con ellos. Véase Mateo 26, 1; Juan 13, 1.

24. Oír hablar a Jesús de su propia muerte descorazonaba a Judas. Sin embargo, en aquel momento prefirió no pedirle más explicaciones al maestro.
25. Aquella noche, Judas fue incapaz de dormir bajo el techo de aquel hombre impuro que debía toda su fortuna y posición social a una nación entera de infieles.
26. Mientras los demás dormían, Judas se puso a reflexionar sobre todos los problemas que planteaba la figura de Jesús.
27. Desde que habían bajado del monte Tabor, el comportamiento del maestro no se correspondía con el de un líder mesiánico que pretendiese entrar triunfante en Jerusalén y reclamar para sí el trono del rey David en Israel.
28. Sin un ejército que apoyase la causa del maestro, Judas temía lo que podía sucederle una vez entrase en la ciudad santa.
29. Muchos de los enemigos de Jesús, entre los que se contaban los ancianos venerables judíos y los fariseos, estaban a la espera de la menor excusa que les permitiese desacreditar a Jesús e incluso destruirlo.
30. Judas recordaba la euforia que había sentido cuando se unió al grupo de seguidores de Jesús. La autoridad del maestro en sus enseñanzas lo había abrumado, se había sentido orgulloso de ser parte de aquellos doce elegidos.
31. ¿Tendría ahora que aceptar que Jesús no era más que un profeta? ¿Tendría que aceptar que el joven adinerado había estado en lo cierto al decirle: «Has decidido seguir a un hombre muy peligroso que propiciará la caída de muchos en Israel»? Véase Lucas 2, 34. [xxvii]

CAPÍTULO 16

Pues ve y haz tú lo mismo

1. Todos podían oírlo mucho antes de verlo.
2. Bartimeo el Ciego se sentaba a pedir cada día en la misma esquina de la misma calle, desde el alba hasta el ocaso.
3. El día en que Jesús iba a marcharse de Jericó, Bartimeo empezó a pedir algo distinto de lo que siempre pedía hasta entonces: «Jesús, hijo de David, ten piedad de mí». Judas supuso que el maestro lo rechazaría.
4. Pedro se adelantó, pues el maestro ya les había dicho a los discípulos que no permitiesen que nadie lo llamase «hijo de David».
5. Pedro le ordenó al mendigo que contuviese la lengua.
6. Bartimeo, consciente de que Jesús debía de andar cerca, elevó aún más el tono de sus súplicas: «Jesús, hijo de David, ten piedad de mí».
7. Cuando Jesús oyó aquellas palabras, dijo: «Traedlo».
8. Andrés se acercó a Bartimeo, lo ayudó a levantarse y lo llevó hasta Jesús. Bartimeo cayó de rodillas.
9. Jesús contempló al ciego y dijo en tono misericordioso: «¿Qué quieres de mí?»
10. Bartimeo alzó la cabeza y dijo: «Señor, devuélveme la vista».
11. Jesús se llevó los dedos a la lengua y untó con saliva los ojos de Bartimeo. Dijo: «Puedes irte. Tu fe te ha sanado». Véase Mateo 20, 30-35; Marcos 10, 47-52; Lucas 18, 38-42.
12. El corazón de Judas volvió a llenarse de una esperanza renovada. Un mendigo ciego había llamado a Jesús «hijo de David» y el maestro no había negado sus palabras. [xxviii]
13. ¿Había sido aquello una señal de que Jesús había aceptado, poco antes de entrar en la ciudad santa, su condición de Mesías que propiciaría el reino del Señor como rey de Israel?
14. Un devoto escriba de Jerusalén partió de la ciudad santa en busca de Jesús, pues había oído decir que el hijo de un carpintero de Nazaret era aquél al que tanto tiempo habían esperado, el

Mesías.

15. El escriba viajó durante un día y una noche hasta cruzarse con un numeroso grupo de gente que seguía a un hombre que caminaba de Jericó a Jerusalén.

16. El escriba se acercó a Jesús y dijo: «Maestro, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?».

17. Jesús le sonrió al escriba y dijo: «¿Qué es lo que exige la ley?»

18. El escriba dijo: «Amar a Dios por encima de todas las cosas y al prójimo como a uno mismo».

19. Jesús dijo: «En ese caso, obra así y habrás de alcanzarla».

20. «Pero, ¿quién es mi prójimo?», preguntó el escriba, pensando que así le tendía una trampa a Jesús.

21. Jesús se sentó a un lado del camino polvoriento y respondió así a la pregunta del escriba: «Un mercader que atravesaba este mismo camino cayó en la emboscada de un grupo de ladrones. Le dieron una paliza, le quitaron sus posesiones y lo dieron por muerto, tirado junto al camino».

22. «Pasó un fariseo y vio al hombre tirado junto al camino, pero siguió caminando, pues supuso que el hombre estaba muerto y, si lo tocaba, quedaría mancillado y jamás podría entrar en el reino de los cielos».

23. «Unos instantes después, pasó un sacerdote. Él también se negó a ayudar al hombre, pues temía que si el hombre seguía vivo y tocaba su sangre, también quedaría mancillado y, por lo tanto, no podría entrar en el reino de los cielos».

24. «Poco después, pasó un samaritano y, al ver el cuerpo tirado junto al camino, fue de inmediato a ayudar al mercader. Le limpió las heridas y las vendó. A continuación, lo alzó y lo colocó sobre su burro. Luego lo llevó hasta la posada más cercana. Le dejó dinero al dueño para asegurarse de que cuidaban del hombre hasta que se recuperase del todo. Antes de seguir su camino, el samaritano dijo: «Si necesitas gastar más, te daré lo que gastes la próxima vez que pase por aquí».

25. Jesús alzó la mirada y contempló al escriba. Dijo: «¿Cuál de estos hombres dirías que era el prójimo del mercader?»

26. El escriba se enfadó, porque había sido Jesús quien le había tendido una trampa. Tuvo que admitir que el prójimo del mercader había sido el samaritano.

27. Jesús se puso en pie y dijo: «Pues ve y haz tú lo mismo». Véase Lucas 10, 25-37.

28. Jesús prosiguió su camino hacia Jerusalén, y los discípulos fueron tras él.

29. Judas fue en busca del escriba, pues no comprendía por qué el maestro contaba una parábola en la que un samaritano, del pueblo enemigo de los judíos, mostraba más compasión hacia

alguien en apuros que un fariseo o un sacerdote.

30. Judas encontró al escriba detrás de la multitud, rojo de ira por la humillación pública a la que lo había sometido Jesús delante de aquella gente humilde.

31. Judas se le acercó y le contó todos los buenos actos que había presenciado desde que se había unido a los seguidores de Jesús.

32. El escriba escuchó en silencio, pero aún tardó un poco en calmarse del todo y en aceptar la posibilidad de que Jesús tuviera algo de santo.

33. Para cuando se detuvieron para descansar aquella noche, Judas esperaba haber convencido al escriba de que se uniese a ellos antes de entrar en la ciudad santa al día siguiente. El escriba asintió, pero nada dijo.

34. Mientras compartían la cena, Judas empezó a sentirse más confiado. Le confesó al escriba que él también tenía ciertos recelos hacia lo que podría pasar cuando su maestro entrase al día siguiente en Jerusalén.

35. Judas dijo que temía que Jesús pudiera estar en peligro debido a los muchos enemigos que se había ganado, los cuales estaban deseosos de verlo en dificultades e incluso muerto.

36. El escriba dijo: «Quizá sería mejor que Jesús no apareciera por Jerusalén ahora mismo. A lo mejor debería regresar a Galilea».

37. Judas dijo: «Ya es tarde para intentarlo. El maestro ha decidido qué camino va a seguir y ni siquiera va a plantearse cambiarlo. Pronto llegará la Pascua, y Jesús está convencido de que está llevando a cabo la voluntad de Dios».

38. El escriba respondió: «En ese caso, es necesario salvar al maestro de cometer un gran error. Puedes contar con mi ayuda».

39. Judas escuchó con atención el plan del escriba para salvar la vida de Jesús.

40. El escriba acordó con Judas que acudiría en su ayuda en caso de que el maestro se hallase en peligro.

41. Por primera vez en días, Judas consiguió dormir plácidamente. Estaba seguro de que, si Jesús se encontraba en peligro una vez dentro de Jerusalén, contaba con la ayuda de un aliado en una posición de autoridad.

42. Cuando Judas se despertó a la mañana siguiente, le dijeron que el escriba se había levantado pronto y había emprendido ya el camino a Jerusalén.

43. Judas fue a buscar a Jesús y lo encontró paseando entre sus seguidores. El maestro les daba ánimos para afrontar el último trecho del viaje hasta la Ciudad Santa.

44. Aunque los demás discípulos, incluido Pedro, no parecían muy seguros de lo que les

sucedería en Jerusalén, Judas estaba ahora convencido de que Jesús estaría seguro dentro de sus muros.

CAPÍTULO 17

El Señor lo necesita

1. Primero oyeron el sonido de los cuernos, seguido por un clamor de voces cada vez más estruendoso.
2. Una marea de ciudadanos se derramaba de las puertas de Jerusalén y corría colina arriba para darle la bienvenida a Jesús, pues se había corrido el rumor de que aquel gran predicador venía de visita desde Betania.
3. La multitud crecía más y más, así que Jesús les dijo a dos de sus discípulos que se acercasen a uno de los pueblos cercanos. Allí habrían de encontrar un burro que nadie había montado, amarrado a la puerta de un granero.
4. Jesús les dijo «Desatad al animal y traédmelo. Si alguien os pregunta con qué autoridad os lo lleváis, decidles que el Señor lo necesita y os permitirán tomarlo».
5. Los discípulos dejaron a Jesús y entraron en el pueblo. Allí encontraron un burro atado a la puerta de un granero. Mientras lo desataban, alguien que pasaba por allí les dijo: «¿Por qué desatáis a ese burro?».
6. Los discípulos dijeron: «El Señor lo necesita». Nadie les dijo nada más.
7. Le trajeron el burro a Jesús y le echaron por encima un ropón. Jesús subió al animal y prosiguió su camino hacia Jerusalén.
8. Muchos se desprendieron de sus mantos y los arrojaron a los pies de Jesús, mientras que otros arrancaban ramas y las depositaban en su camino.
9. Jesús se acercó a las puertas de la ciudad y los ciudadanos empezaron a agitar hojas de palma en el aire y a cantar: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el rey de Israel!». Juan 12, 13.
10. Judas contempló con desaliento cómo Jesús atravesaba las puertas de la Ciudad Santa subido en un burro. Véase Mateo 21, 2-10; Marcos 11, 2-10; Lucas 19, 30-36. [xxix]
11. ¿Cómo iba el maestro a apoderarse del Templo y a expulsar a los romanos si llegaba subido en un burro y sin ejército alguno aparte de un puñado de seguidores acérrimos pero faltos de disciplina?

12. Judas contempló la lúgubre silueta de la fortaleza Antonia, que dominaba toda la ciudad. Era muy consciente de que en su interior albergaba toda una legión de infantería.

13. Ante el mínimo atisbo de tumulto, aquellas enormes puertas de madera se abrirían y una falange de soldados romanos irrumpiría entre ellos.

14. Aun así, los romanos no se molestaron en salir de la fortaleza. Jesús se encaminó sin prisa alguna hacia el Templo. La multitud, que empezaba a pensar que no debía de ser el Mesías, empezó a dispersarse.

15. Judas se había emocionado cuando Bartimeo el Ciego había llamado a Jesús «hijo de David» y el maestro no lo había negado. Sin embargo, la decisión de Jesús de entrar en Jerusalén subido en un burro no serviría para convencer ni a los más idiotas de que aquella era la llegada triunfante del Mesías que venía a expulsar a los paganos de la Ciudad Santa.

16. Judas le confió aquellos recelos a Pedro, quien se limitó a recordarle las palabras de Jesús: «¡Quítate de delante de mí, Satanás! ¡Tú no piensas como piensa Dios, sino como piensa la gente!». Véase Marcos 8, 22; Mateo 16, 23.

17. Judas dijo: «Pero, ¿en qué parte de nuestras tradiciones y enseñanzas más longevas se dice que el Mesías entrará en la Ciudad Santa subido en un burro?».

18. Pedro alzó la vista al cielo y, como si un poder superior lo hubiese inspirado, pronunció las palabras del profeta Zacarías:

«¡Lléname de alegría, gente de Sión!

¡Da voces de júbilo, gente de Jerusalén!

Mira que tu rey viene a ti,

justo, y salvador y humilde,

y montado sobre un asno,

sobre un pollino, hijo de asna».

Zacarías 9, 9

19. Jesús bajó del burro, entró en el Templo y rezó. [xxx]

20. Al caer la noche, Jesús regresó a Betania acompañado de algunos de sus discípulos para pasar la noche con Lázaro y sus dos hermanas, Marta y María. Véase Juan 11, 1-4; Mateo 21, 17.

21. Judas no acompañó a su maestro a Betania sino que se quedó en el Templo. Allí buscó al

escriba de quien se había hecho amigo en el camino desde Jericó.

22. Una vez dio con el escriba, lo acompañó a su casa, comió con él y ambos compartieron vino.

23. Entonces el escriba dijo: «¿Qué hará mañana?».

24. Judas respondió: «Puesto que mañana es Pascua, Jesús regresará a Jerusalén y entrará en el Templo. Puede que realice milagros y expulse a algún demonio. Muchos creerán que es el Mesías y decidirán seguirlo».

25. El escriba respondió: «Tu maestro es un hombre bueno y santo, pero si les da falsas esperanzas a sus seguidores, todo terminará en un baño de sangre. A buen seguro los romanos acabarán destruyendo toda la nación». Véase Juan 11, 48.

26. Judas sabía que el escriba decía la verdad. Empezó a temer por la seguridad de su maestro y resolvió depositar su confianza en aquel poderoso intérprete de la ley.

27. Judas le confesó al escriba: «Ya no creo que Jesús sea el Mesías, pero Juan el Bautista me dijo que era un hombre de Dios, y por lo tanto no debemos permitir que Jesús muera a manos de los romanos». Véase Juan 1, 32-34; Marcos 1, 11.

28. El escriba se mostró de acuerdo y prometió ayudar a Judas a llevar a cabo su plan: «Hay que sacar a Jesús de la ciudad y llevarlo junto con los demás discípulos hasta Galilea, donde los romanos no lo tocarán».

29. Judas estaba de acuerdo. Antes de marcharse, le prometió al escriba que le informaría del lugar y el momento idóneo. Véase Marcos 14, 10; Mateo 26, 15; Lucas 22, 6.

30. Judas salió de casa del escriba y regresó a Betania.

31. Al pasar junto a la fortaleza Antonia, oyó que los soldados romanos gritaban «Ioudaei sunt porci», un insulto que, como bien sabían, resultaba en extremo ofensivo para los judíos, en especial en tiempo de Pascua.

32. Judas salió de la ciudad y echó a caminar colina arriba en dirección a Betania. Sentía que le habían quitado un gran peso de los hombros, porque iba a ser él, de entre todos los discípulos, quien salvaría la vida del maestro, y con ella el destino de Israel.

CAPÍTULO 18

Debe morir para salvar nuestra nación

1. Se acercaba la celebración de la Pascua y muchos judíos habían viajado desde todos los rincones de Israel, e incluso desde otras tierras, para poder celebrar la festividad en la ciudad santa.
2. Jesús ordenó a dos de sus discípulos que volvieran a Jerusalén. Les dijo: «Id a la ciudad y allí encontraréis un hombre que carga con un cántaro de agua. Seguidlo hasta la casa a la que se dirige y, una vez lleguéis, decidle al dueño: “Mi maestro pregunta dónde está la habitación de invitados, pues en ella va a celebrar la Pascua con sus discípulos”. Este hombre os mostrará una amplia sala amueblada y lista. Esa sala habréis de preparar la celebración de la Pascua». Véase Marcos 14, 12-15; Mateo 26, 18; Lucas 22, 8-12.
3. Una mujer entró en casa de Marta y María en Betania, donde Jesús descansaba.
4. Cayó a los pies de Jesús, pero en lugar de decir nada, abrió un jarro de alabastro y vertió un poco de preciado ungüento a sus pies. A continuación, se destrenzó el pelo y ungió los pies de Jesús con él. La casa entera se llenó del dulce olor del ungüento. Véase Juan 12, 3-4.
5. Judas se enfureció y no consiguió disimular su enfado. ¿Por qué se le había permitido a aquella mujer que tocara el cuerpo de Jesús, cosa que iba en contra de las tradiciones más arraigadas de Israel?
6. Judas le dijo a su maestro: «¿Por qué no hemos vendido ese ungüento por trescientos denarios para dárselo a los pobres?» Juan 12, 5.
7. Jesús respondió: «Esta mujer ha hecho una buena obra. Lo que ha hecho es prepararme para la sepultura. Os aseguro que en cualquier lugar del mundo donde se anuncie la buena noticia, se recordará también a esta mujer y lo que ha hecho». Véase Marcos 14, 9; Mateo 26, 10-13.
8. La mujer se marchó a toda prisa. Judas, por su parte, seguía hecho un mar de dudas.
9. Un par de discípulos llegaron a murmurar que Judas pretendía quedarse el dinero de vender el ungüento para sí. Véase Juan 12, 6.
10. Judas fue hasta Pedro y protestó: «Es que en la bolsa común apenas nos queda dinero».
11. Pedro, no muy seguro de que la preocupación de Judas por las finanzas del grupo fuera

sincera, se apartó de él.

12. El escriba, por su parte, asistió a la reunión del Sanedrín y le contó al sumo sacerdote de todo lo que le había contado Judas. [xxxi]

13. Un fariseo dijo: «¿Qué hemos de hacer en caso de que Jesús lleve a cabo más milagros? De ser así, no podemos oponernos abiertamente a él».

14. Caifás, quien ocupaba el cargo de sumo sacerdote aquel año, dijo: «Debe morir, pero que no sea el día de la festividad, pues eso causará un tumulto entre la gente».

15. El escriba dijo: «Pero si le dejamos obrar solo, nuestra nación podría acabar destruida». Véase Juan 11, 48; Mateo 26, 1-5; Marcos 14, 1-2; Lucas 22, 1.

16. Caifás dijo: «No lo comprendéis. Tiene que morir para salvar nuestra nación». Véase Juan 11, 51.

17. Otro miembro del sanedrín preguntó: «¿Y cómo hemos de proceder?».

18. El escriba respondió: «Judas nos llevará hasta él. Detendremos a Jesús de Nazaret y lo acusaremos de haber incurrido en blasfemias y de ser un pecador».

19. A continuación, el escriba añadió: «Cuando estemos en el Templo, hay que hacer correr el rumor de que uno de sus discípulos lo ha traicionado».

20. Aquel fue el día en que el Sanedrín empezó a planear la muerte de Jesús. Juan 11, 53.

CAPÍTULO 19

Al César lo que es del César

1. Jesús se marchó de Betania y emprendió el camino de nuevo hacia Jerusalén y el Templo.
2. Una enorme multitud se repartía por todo el camino por el que Jesús fue hasta Jerusalén. Al llegar al Templo, vio que estaba lleno de fieles que habían venido a escuchar las palabras de aquel gran maestro y a aprender de su interpretación de la ley.
3. Durante todo el camino desde Betania, Jesús se había mostrado tranquilo y misericordioso con todos aquellos que se apelotonaban a su alrededor. Sin embargo, en cuanto llegó a la entrada del Templo, su humor se vio transformado.
4. Los gentiles habían colocado un mercado en el patio del Templo, con puestos en los que se vendían animales y pájaros que más tarde se ofrecerían como sacrificio en el Templo.
5. Jesús no pudo disimular la rabia que sentía.
6. De inmediato, empezó a volcar las mesas en las que los mercaderes de divisas cambiaban monedas romanas por dinero de Tiro, en el que no aparecía efigie humana alguna. [xxxii]
7. Jesús se hizo con un pesado cordel de bramante y empezó a azotar a los animales para sacarlos del Templo. También abrió las jaulas de las palomas al grito de «¡Llevaos todo esto! ¡No habréis de convertir la casa de mi Padre en un mercado!». Juan 2, 16.
8. Juan no vio con buenos ojos que Jesús interrumpiera los rezos diarios del Templo, pues sabía que los judíos devotos solo podían llevar a cabo prácticas rituales en su interior con sacrificios permitidos, que solo podían comprarse en el patio.
9. Uno de los ancianos más venerables le preguntó a Jesús. «¿Y tú con qué autoridad creas todo este caos?».
10. Jesús respondió: «Destruid este templo, y en tres días yo habré de levantarlo de nuevo».
11. Los ancianos respondieron: «Pero si se tardó más de cuarenta y seis años en construirlo. ¿Cómo lo vas a reconstruir tú en tres días?». Juan 2, 18-20.
12. Judas se dio cuenta de que el maestro se refería a la promesa de que, después de su muerte, resucitaría al tercer día; cosa que Judas aún se resistía a creer.

13. Judas contempló a aquel hombre a quien tanto amaba y reflexionó sobre las palabras de Juan el Bautista: «¿Eres tú aquel que había de venir, o hemos de esperar a otro?». Mateo 11, 3; Lucas 7, 19.

14. Un saduceo, incapaz de aceptar la idea de la resurrección, pues iba en contra de sus creencias más arraigadas, presionó a Jesús para que explicase a qué se refería.

15. Jesús respondió: «El Dios de Abrahán, Isaac y Jacob es el Dios de la vida. Por lo tanto, estos grandes patriarcas vivirán en la resurrección». Véase Marcos 12, 24-27; Mateo 22, 31-32; Lucas 20, 37-38.

16. Otro de los venerables ancianos dio un paso al frente para intentar derrotar a Jesús en combate dialéctico, y preguntó: «Gran maestro, sabemos que eres honesto hasta el punto de que no te importa lo que los demás piensen de ti o a quién podrías ofender. Así pues, dinos: ¿va en contra de la ley pagar impuestos al Emperador de Roma?».

17. Jesús dijo: «Traedme una moneda». El mismo anciano le dio a Jesús una moneda con la cara de César. Jesús dijo: «¿De quién es esta efigie grabada en la moneda?».

18. «Es del César», dijo el anciano.

19. Jesús, en tono de burla, dijo: «Pues al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». Véase Marcos 12, 13-17; Mateo 22, 15-22; Lucas 20, 20-16.

20. Entonces un escriba dio un paso al frente.

21. Judas reconoció de inmediato al hombre que le había prometido ayudar a Jesús en caso de que se encontrase en dificultades.

22. El escriba formuló una pregunta en la que residía la misma raíz de las tradiciones judías: «¿Es el Mesías el hijo de David?».

23. Como respuesta, Jesús citó las palabras del propio David, tal y como habían quedado registradas en los himnos de Israel: «Oráculo del Señor a mi señor: Siéntate a mi derecha, hasta que haga de tus rivales el estrado de tus pies». Salmos 110, 1.

24. Entonces Jesús se volvió hacia la multitud que lo rodeaba y afirmó: «Si David llama al Mesías «Mi señor», entonces el Mesías no puede ser hijo de David». Véase Marcos 12, 35-37; Mateo 22, 41-46; Lucas 20, 40-41.

25. Muchos de los que rodeaban a Jesús quedaron anonadados por semejante interpretación de la ley. Varios de los ancianos y fariseos, en cambio, salieron del Templo y se dirigieron al concilio del Sanedrín.

26. Una vez reunidos, decidieron que Jesús tenía que morir.

CAPÍTULO 20

Uno de vosotros va a traicionarme

1. Jesús y sus discípulos se reunieron en la habitación que habían encontrado Pedro y Andrés para celebrar la festividad de la Pascua.
2. Una vez sentados para cenar, los discípulos empezaron a cuchichear entre ellos.
3. Estaban inquietos por lo que había sucedido en el Templo aquella mañana. Temían incluso que el maestro volviese a ponerse violento de pronto.
4. Tuvieron que admitir que ya no sabían qué iba a suceder, ni a Jesús ni a ellos mismos.
5. Al cabo, Jesús alzó las manos y habló. Sus palabras los tomaron por sorpresa: «En verdad os digo que uno de vosotros va a traicionarme. Uno que está comiendo conmigo». Véase Marcos 14, 17-21; Mateo 26, 20-25; Lucas 22, 14;21-23.
6. Uno tras otro, cada uno de los discípulos dijo que él no sería el traidor.
7. Judas se sabía inocente de semejante acusación, pues su único propósito era salvar a Jesús de una muerte innecesaria.
8. Pedro fue quien negó la acusación de Jesús con más vehemencia. Dijo que él no podía ser el traidor, pues prefería dar su vida por Jesús antes que traicionarlo.
9. Jesús le dedicó una mirada triste a Pedro y dijo: «En verdad te digo, Pedro, que para cuando cante el gallo dos veces, tres veces me habrás negado tú». Marcos 14, 30; Mateo 26, 34; Lucas 22, 34.
10. Pedro respondió con aún más vehemencia: «Preferiría morir antes que negarte».
11. Jesús cerró los ojos y dio comienzo a la ceremonia de la Pascua, que consistía en alzar los símbolos de la festividad: las hierbas amargas, el pan ácimo, el vino y demás elementos que simbolizan el éxodo judío. Véase Marcos 14, 31; Mateo 26, 35. [xxxiii]
12. Los discípulos sabían que aquella ceremonia no era un simple gesto, pues todos los judíos creen que Dios está presente en la mesa de Pascua.
13. Sin embargo, cuando Jesús abrió los ojos y alzó el pan ácimo, no hizo referencia al maná que

cayó del cielo durante el éxodo, tal y como esperaban los discípulos.

14. En lugar de eso, Jesús pronunció unas palabras que no les resultaban familiares a los discípulos: «Tomad y comed, pues este es mi cuerpo que a vosotros os es dado. Haced esto en conmemoración mía».

15. Cada uno de los discípulos tomó el pan y comió.

16. A continuación, Jesús alzó la copa de vino y, sin mencionar el momento en que Dios abrió en dos las aguas del mar Rojo, afirmó: «Esta es mi sangre derramada por vosotros. Haced esto en conmemoración mía». Véase Corintios 11, 24-25; Marcos 14, 22-24; Mateo 26, 26-38; Lucas 22, 20.

17. Los discípulos también bebieron el vino, si bien temían que Jesús se estuviese refiriendo a su muerte inminente.

18. Judas aún creía, no solo que podría salvar a su maestro, sino que los demás discípulos aplaudirían su valiente iniciativa.

19. Tras tomar el pan, Judas salió inmediatamente. Ya era de noche. Juan 13, 30.

20. Judas fue a toda prisa a casa del escriba, quien le dio la bienvenida y lo dejó pasar.

21. El escriba le dijo a Judas: «He reunido a muchos seguidores leales a Jesús cuyo único propósito es salvarlo de una muerte innecesaria».

22. Judas le dio las gracias al escriba y dijo: «Después de la celebración de la Pascua, Jesús se dirigirá al Monte de los Olivos, donde tanto él como los demás discípulos se entregarán a la oración».

23. «Cuando tus hombres vengan, os haré una señal para que identifiquéis al maestro. Así podremos volver todos juntos a Galilea y lo salvaremos de una muerte innecesaria».

CAPÍTULO 21

Maestro, maestro

1. Judas salió de casa del escriba y se dirigió al Monte de los Olivos.
2. Al llegar a un lugar llamado Getsemaní, encontró a Jesús de rodillas, entregado a sus oraciones.
3. Muchos de los seguidores de Jesús se repartían por la montaña. Algunos rezaban, mientras que otros estaban medio dormidos. Véase Juan 18, 2; Marcos 14, 26; Mateo 26, 30; Lucas 22, 39.
4. Judas se acercó al maestro. Se detuvo a pocos pasos de él y también cayó de rodillas para rezar a su lado.
5. De repente, Jesús se puso en pie, alzó las manos al cielo y dijo: «Abba, tú que todo lo puedes, aparta de mí este cáliz. Pero si no lo deseas, hágase en mí tu voluntad». Véase Marcos 14, 36; Mateo 26, 39; Lucas 22, 42.
6. Aquellas palabras llenaron de esperanza a Judas, pues pensó que quizá el maestro estaría dispuesto a volver a Galilea para escapar de aquella muerte que ya había predicho.
7. Despacio, Judas se acercó a Jesús. Lo estrechó entre sus brazos y, con un beso, dijo: «Maestro, maestro». Marcos 14, 45; Mateo 26, 49; Lucas 22, 47-48.
8. Jesús le devolvió el abrazo, y su misericordia inundó a Judas.
9. De repente, de las sombras surgió un grupo de guardias del Templo que llevaban consigo antorchas, faroles, garrotes, palos y otras armas.
10. Jesús se apartó de Judas y se dirigió a ellos, pues sabía lo que estaba a punto de sucederle. Juan 18, 4.
11. Judas retrocedió, horrorizado al darse cuenta de que el maestro se había referido a él cuando, durante la celebración de la Pascua, había dicho: «En verdad os digo que uno de vosotros va a traicionarme». Véase Marcos 14, 18.
12. Jesús se dirigió a los guardias: «¿A quién buscáis?»
13. Y ellos respondieron: «A Jesús de Nazaret».

14. Jesús les dijo: «Soy yo». Juan 18, 4-5.

15. Judas, anonadado, vio que su supuesto amigo el escriba se encontraba entre el grupo que había venido a apresar a Jesús.

16. Judas se aproximó enfurecido al escriba. Con puños apretados y los brazos en alto, gritó: «¡Me has traicionado!». Sin embargo, dos guardias lo agarraron de los brazos y lo inmovilizaron. Judas le lanzó un escupitajo al escriba.

17. Jesús miró al escriba y dijo: « ¿Por qué habéis venido a arrestarme con espadas y garrotes como si fuera un ladrón? Todos los días he estado entre vosotros enseñando en el Templo, y no me habéis arrestado. Habéis decidido venir a por mí en mitad de la noche». Véase Marcos 14, 48-49; Mateo 26, 55; Lucas 22, 52-53.

18. Los guardias seguían sujetando a Judas. El escriba se volvió hacia Jesús y le dijo: «No lo comprendes. Es mejor que muera un solo hombre a que sea destruida toda una nación». Véase Juan 11, 50.

19. Los discípulos despertaron de su profundo sueño y quedaron aterrorizados al ver a Jesús apresado por soldados y guardias del Templo.

20. Todos ellos echaron a correr y abandonaron a Jesús a su suerte. Véase Marcos 14, 50.

21. Un muchacho, cubierto sólo con un taparrabos, iba siguiendo a Jesús. También quisieron apresarlo; pero él, desprendiéndose del taparrabos, huyó desnudo. Véase Marcos 14, 51-52.

22. Los guardias soltaron a Judas, quien se quedó plantado en el sitio mientras ellos se llevaban a Jesús.

CAPÍTULO 22

No conozco a ese hombre

1. En cuanto el grupo de guardias que llevaba al maestro hubo desaparecido de su vista, Judas se apresuró a seguirlos a una distancia prudencial.
2. Aunque Judas ya no creía que Jesús fuera el Mesías, seguía creyendo en las palabras de Juan el Bautista: «Es un hombre de Dios». Véase Juan 1, 34.
3. Judas albergaba la esperanza de que, incluso a aquella hora intempestiva, hubiese un modo de rescatar a Jesús.
4. Judas vio que llevaban a Jesús hasta la casa de Caifás, el sumo sacerdote. Allí se iba a celebrar un juicio y allí se emitiría el veredicto que en realidad ya se había decidido.
5. Judas se echó cubrió la cabeza con la túnica y se escondió tras las sombras de una columna del patio de casa de Caifás.
6. Escuchó a los allí reunidos, que comentaban los últimos rumores que los escribas y agentes del Sanedrín se habían encargado de extender.
7. Alguien dijo: «Jesús de Nazaret ha sido detenido y acusado de blasfemia».
8. Otro dijo: «Nadie se ha ofrecido a defenderlo en el juicio».
9. Otro más: «Todos sus discípulos echaron a correr en cuanto vieron a los guardias del Templo».
10. Judas salió de su escondite. Esperaba que, aunque fuera en el último minuto, el escriba confirmase su versión de lo sucedido y que el Sanedrín permitiese a Jesús regresar a Galilea, aunque fuese con la promesa de que jamás volvería a pisar Jerusalén.
11. Entonces, Judas vio a una figura encorvada en el extremo más alejado del patio.
12. Se trataba de Pedro. Judas se acercó, seguro de que juntos podrían testificar en favor de Jesús y quizás incluso salvar su vida en aquella hora intempestiva.
13. Una sirvienta de Caifás se detuvo al lado de Pedro, lo miró y dijo: «Yo a ti te he visto con Jesús de Galilea».

14. Pedro dijo: «Yo no conozco a ese hombre».
15. Otro hombre que asistía al juicio miró a Pedro y dijo: «Este de aquí era seguidor de Jesús». Una vez más, Pedro negó conocerlo.
16. Cantó un gallo.
17. Poco después, otras personas se acercaron a Pedro y dijeron: «Tú estabas con Jesús de Nazaret». Pedro lo negó por tercera vez.
18. Judas oyó que el gallo cantaba una segunda vez.
19. Fue entonces que Pedro recordó las palabras de Jesús: «En verdad te digo, Pedro, que para cuando cante el gallo dos veces, tres veces me habrás negado tú».
20. Pedro salió a la carrera del patio de Caifás e intentó mezclarse con la multitud. Judas lo siguió y vio que inclinaba la cabeza y se echaba a llorar amargamente. Véase Mateo 26, 69-75; Marcos 14, 66-72; Lucas 22, 56-62.
21. Aunque ambos habían fallado a su maestro en su momento de necesidad, Judas aún creía que podrían redimirse.
22. Pedro se dio la vuelta para ver quién lo seguía, y al ver que se trataba de Judas, gritó: «¡Más te valdría no haber nacido!». Véase Marcos 14, 21; Mateo 26, 24.
23. Judas se sintió traicionado. Él no había echado a correr cuando detuvieron al maestro.
24. Judas, a diferencia de Pedro, no había negado a Jesús tres veces, tal y como había predicho el maestro. ¿Por qué lo acusaban solo a él de pecador?
25. Judas regresó al patio de casa de Caifás y aguardó una hora tras otra hasta poder ver de nuevo al maestro.
26. Los sacerdotes no dejaban de entrar y salir de casa de Caifás, siempre dispuestos a sembrar con maledicencias aquellos oídos dispuestos a prestarles atención.
27. «Jesús de Nazaret afirma que es el hijo de Dios».
28. «El Sanedrín lo ha hallado culpable de blasfemia. Es un pecador». Véase Marcos 14, 62-64; Mateo 26, 65-66; Lucas 22, 70-71.
29. Pronto se corrió la voz de que había sido uno de los discípulos de Jesús quien lo había traicionado.
30. «¿Cuál de ellos?», preguntó uno de los muchos mirones reunidos allí.
31. El escriba se apresuró a dar un paso al frente. «Judas Iscariote», dijo bien alto para que todos se enterasen del nombre.

32. Judas hundió la cabeza al tiempo que la multitud empezaba a entonar: «¡Traidor! ¡Traidor! ¡Traidor!».

33. Judas fue hasta el escriba y le suplicó que confesase lo que había sucedido en realidad.

34. El escriba sonrió y señaló a Judas, al tiempo que decía: «Contemplad al traidor».

35. Y Judas lloró.

CAPÍTULO 23

Padre, ¿por qué me has abandonado?

1. Jesús salió de la casa de Caifás maniatado, pero con la misma expresión de indomable determinación. Tenía el rostro cubierto de escupitajos.
2. Lo llevaron a la fortaleza del gobernador. Allí, el sumo sacerdote lo dejó en manos de Poncio Pilatos.
3. Los escribas y fariseos no querían ser quienes decidieran el veredicto, pues no deseaban sufrir represalias por la muerte de Jesús.
4. Si algo se torcía en su plan, siempre podrían echarles la culpa a los romanos, quienes iban a tomar la decisión final.
5. Una multitud ruidosa y cada vez más enfervorecida se había reunido a las puertas de la fortaleza a esperar el veredicto de Poncio Pilatos.
6. Los escribas y fariseos se mezclaban con la multitud e intentaban manipular a la gente para que gritase «¡Crucifícadlo! ¡Crucifícadlo!». Marcos 15, 14; Mateo 27, 22; Lucas 23, 21; Juan 19, 6.
7. Judas buscó sin éxito algún rostro conocido entre la multitud. Esperaba encontrar algún discípulo que lo ayudase a gritar «¡Liberadlo! ¡Liberadlo!». Sin embargo, él era el único que abogaba por salvar a Jesús. El brutal grito de la multitud ahogaba sus esfuerzos.
8. Pilatos hizo que Jesús se asomara a la balconada. El rugido de la multitud aumentó.
9. Habían vestido a Jesús con una túnica púrpura y le habían colocado una corona de espinas. Véase Juan 19, 5.
10. Pilatos dijo: «Contemplad al rey de los judíos. No encuentro motivo alguno para condenar a este hombre». Véase Lucas 23:4. [xxxiv]
11. La multitud siguió entonando aquel estridente canto: «¡Crucifícadlo! ¡Crucifícadlo!». Tan estruendoso fue el clamor que Pilatos se vio obligado a refugiarse en la seguridad de la fortaleza Antonia.
12. Llevaron a Jesús al interior de la fortaleza. El silencio cayó sobre la multitud al oír el sonido

de los latigazos. Cuando Jesús volvió a aparecer, llevaba apenas un taparrabos y tenía el cuerpo lleno de cortes abiertos.

13. Pilatos dijo: «Os lo traigo porque no he descubierto en él ningún crimen que merezca la muerte». Véase Lucas 23, 22; Marcos 15, 14; Mateo 27, 23; Juan 19, 4.

14. Sin embargo, los gritos que pedían la crucifixión de Jesús no hicieron más que aumentar. Pilatos se vio obligado a refugiarse una vez más, temeroso de que estallase un tumulto entre la gente.

15. La tercera vez que Pilatos apareció, colocaron a Jesús junto a un asesino llamado Barrabás, a quien habían traído desde las mazmorras.

16. Puesto que era Pascua, Pilatos le propuso a la multitud salvar a uno de aquellos dos hombres condenados a morir en la cruz.

17. «¡Barrabás! ¡Barrabás!», gritaron todos al unísono.

18. Pilatos dijo: «¿Queréis que crucifique a vuestro rey?».

19. El sumo sacerdote Caifás respondió: «No tenemos más rey que el César».

20. Pilatos dijo: «En ese caso, lleváoslo, y que su sangre pese sobre vuestra conciencia».

21. Judas vio que Pilatos se retiraba por fin dentro de la fortaleza. Una vez dentro, Pilatos se encontró a su mujer llorando. Véase Marcos 15, 6-15; Mateo 27, 15-26; Lucas 23, 18-25; Juan 18, 39-40; 19, 15

22. Tras haber dejado la decisión en manos de la multitud, Pilatos se lavó las manos. Véase Mateo 27, 24.

23. Mientras se llevaban a Jesús, Judas buscó por toda la atestada plaza con la esperanza de encontrar a alguno de los demás discípulos. Sin embargo, no dio con ninguno.

24. Entonces se fijó en un grupo de mujeres.

25. Judas hundió la cabeza, avergonzado, al reconocer a María, la madre de Santiago y José, a María Magdalena y al resto de mujeres con las que habían viajado desde Galilea. Véase Lucas 8, 1-3; 23, 55; Marcos 15, 40-41; Mateo 27, 55-56.

26. Ninguna de ellas había abandonado a Jesús. Se habían mantenido fieles. Véase Lucas 23, 28.

27. Las mujeres se echaron a llorar cuando sacaron a Jesús a la plaza.

28. Estaba rodeado de soldados que lo vigilaban mientras cargaba su propia cruz hasta el lugar donde iba a tener lugar la crucifixión. Juan 19, 17.

29. Jesús fue arrastrando aquella pesada cruz por las calles atestadas. La gente que lo veía pasar le escupía, mientras que otros se burlaban: «¿Este es el rey de los judíos que venía a gobernarnos?». Véase Marcos 15, 26-30; Mateo 27, 37-40.

30. Judas recordó que en numerosas ocasiones Jesús les había dicho que no lo llamasen «rey de los judíos».

31. Un soldado, al ver que al prisionero le faltaba el aire, empapó una esponja en vinagre y se la pasó por los labios en gesto cruel, si bien Jesús se apartó. Véase Marcos 15, 36; Mateo 27, 34; Juan 19, 29.

32. Jesús dio unos pasos más y se derrumbó en el suelo. Uno de los guardias obligó a un hombre llamado Simón, que acababa de llegar de Cirene, a llevar su cruz. Marcos 15, 21; Mateo 27, 32; Lucas 23, 26.

33. Las mujeres lo acompañaron en aquel lento y humillante camino hasta el monte Gólgota, cuyo nombre significaba «lugar de la calavera». Allí clavaron las extremidades de Jesús a la cruz.

34. Antes de alzar la cruz, un soldado que seguía instrucciones de Pilatos colocó en ella un letrero que decía: «Rey de los judíos». Marcos 15, 26; Mateo 27, 37; Juan 19, 19.

35. A ambos lados de Jesús se alzaron sendas cruces. Entonces Judas recordó algo que las sagradas escrituras habían predicho: «y será contado entre los pecadores». Véase Isaías 53, 12.

36. Uno de los prisioneros colgados junto a Jesús le gritó: «Si de verdad eres el Mesías, sálvate y sálvanos a nosotros».

37. Sin embargo, el otro condenado lo reprendió: «Nosotros somos culpables, pero él no ha hecho nada malo». Se dirigió a Jesús y le dijo: «Por favor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

38. Jesús le dijo a este último: «Hoy te sentarás a mi lado en el paraíso». Lucas 23, 39-43.

39. Judas vio que los soldados al pie de la cruz se ponían a jugar a los dados. A continuación, rompieron la túnica de Jesús en cuatro partes, cumpliendo así la profecía de David. Véase Salmos 22, 18.

40. Jesús dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

41. Judas vio cómo los ancianos y escribas seguían torturando a Jesús con gritos de «¡Ya ha salvado a otros, que se salve a sí mismo!».

42. E insistieron: «Si eres el Mesías, baja de la cruz y te crearemos».

43. Otro de ellos añadió: «¿Acaso no eres el mismo que iba a destruir el templo y a reconstruirlo en tres días?».

44. De repente se hizo la oscuridad en toda la tierra, y la tela que colgaba del Templo se rasgó en dos.
45. Judas cayó de rodillas. Rezó para que el maestro no tuviera que sufrir más y que se le concediera una muerte rápida.
46. Sin embargo, no fue hasta la hora novena que Jesús gritó: «Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?».
47. Un centurión apostado al pie de la cruz alzó la vista y dijo: «En verdad era el hijo de Dios».
48. Judas siguió rezando arrodillado hasta que, por fin, bajaron la cruz.
49. Quienes quedaban junto a la cruz eran las mujeres leales a Jesús.
50. Los soldados se aseguraron de que el prisionero hubiera muerto. Luego les dieron permiso a las mujeres para llevarse el cuerpo.
51. Una vez hubieron apartado su cuerpo de la cruz, María Magdalena le lavó las heridas, mientras que María, la madre de Santiago, le limpiaba el cuerpo. Lo cubrieron con una túnica blanca y lo cargaron entre todas. Véase Marcos 15, 25-47; Mateo 27, 35-61; Lucas 23, 33-56.
52. Mientras se llevaban el cuerpo, Judas alzó la vista al cielo y repitió las palabras del Bautista: «¿Eres tú aquél que había de venir, o hemos de esperar a otro?». Lucas 7, 19; Mateo 11, 3.
53. Esa fue la última vez que Judas vio al maestro.

CAPÍTULO 24

Maldito es aquél que cuelga de un árbol

1. Se encontraban en plena Pascua, y muchos judíos empezaban a murmurar entre ellos que había sido un error permitir que asesinasen a un hombre santo.
2. En realidad eran los mismos que habían gritado «¡Crucifícadlo! ¡Crucifícadlo!» apenas unos días atrás. No habían tardado en echar la culpa de la muerte de Jesús a Poncio Pilato y sus ejércitos romanos.
3. El resto de los discípulos se había escondido. El nombre que todos susurraban era Judas Iscariote, el que había traicionado a Jesús. Véase Mateo 26, 15.
4. Los rumores corrían por la ciudad a toda velocidad.
5. Se decía que la roca que tapaba el sepulcro de Jesús había amanecido abierta, y que se habían avistado ángeles. Véase Marcos 16, 4-7; Mateo 28, 2-7; Lucas 24, 2-5.
6. También se decía que Jesús había resucitado de entre los muertos y que lo habían visto en tres ocasiones: María Magdalena lo había visto fuera de la tumba al tercer día, y lo había confundido con un jardinero; dos discípulos lo habían visto en el camino hacia Emaús; y once de los discípulos lo habían visto mientras cenaban todos juntos. Véase Juan 20, 14-15; Lucas 24; Marcos 16, 19-20.
7. Los ancianos y fariseos intentaban ridiculizar todos aquellos rumores de que Jesús había resucitado de entre los muertos. Véase Mateo 28, 11-15.
8. Sin embargo, empezaban a perder su autoridad entre la gente. Muchos judíos se apartaban de la fe de sus ancestros para unirse a una nueva secta que mantenía que Jesús había resucitado de entre los muertos.
9. Pedro se había convertido en el líder de la secta. Afirmaba que el espíritu de Dios se había infundido a aquel pequeño grupo en Jerusalén. Véase Hechos 2, 2-13.
10. Judas, incapaz de aceptar que Jesús hubiese resucitado de entre los muertos, rompió relaciones con Pedro.
11. Judas seguía convencido de que, tal y como Juan el Bautista había afirmado, Jesús era un hombre santo, incluso un profeta que seguía la tradición de Jeremías, Isaías y Ezequiel.

12. Lo que Judas no podía aceptar era que Jesús fuese el elegido, destinado a salvar a los judíos de sus opresores.
13. Judas seguía creyendo en Dios y en Israel como el pueblo elegido.
14. ¿Acaso no había profetizado Moisés: «maldito es aquel que cuelga de un árbol»? Deuteronomio 21, 23.
15. Debido a todo lo que había acontecido, ahora Judas era un hombre marcado. No le quedaban amigos que pudieran protegerlo.
16. Cuando se dejaba ver por la sinagoga, los ancianos lo expulsaban, pues no querían ver a quien los había llevado hasta Jesús.
17. Evitado por los líderes judíos, abandonado por los seguidores de Jesús, Judas no aguantó más de treinta días en la ciudad santa. Al cabo de ese tiempo, emprendió un largo viaje hasta Khirbet Qumrán.
18. Una vez allí, se unió a la comunidad de los esenios, que habitaba en una fortaleza a orillas del Mar Muerto y que defendía pasar la vida en la soledad del desierto.
19. Aunque los esenios odiaban a los romanos, sentían no menos odio hacia los saduceos.
20. Los esenios aseguraban que los saduceos le habían dado la espalda a su autoridad moral para ser los líderes elegidos de Israel al mezclarse con paganos para asegurarse de mantener posiciones de poder y privilegios.
21. Los esenios también odiaban a los fariseos, pues mantenían que habían dejado de interpretar correctamente las antiguas tradiciones de Israel.
22. Por otro lado, los esenios dedicaban toda su vida a repetir la travesía en el desierto que los judíos habían experimentado en el Éxodo, al salir de Egipto.
23. Los esenios aguardaban la llegada del Mesías, quien sin duda derrotaría a todos los enemigos de Dios antes de subir al trono en los cielos en el día en que el destino del reino de Israel volviese a manos del pueblo judío.
24. Aunque Judas dedicó el resto de su vida a trabajar junto a los esenios, no pasó un solo día en que no se hincase de rodillas y lamentase la muerte de Jesús.

CAPÍTULO 25

Los pecados del padre

1. Yo no veía a mi padre desde que cumplí los ocho años, época en que se fue a Jerusalén como discípulo de confianza de Jesús.
2. Jamás me habría enterado del destino que corrió de no ser por un predicador itinerante que, al pasar por Kerieth, me dijo que se había cruzado con mi padre mientras visitaba Khirbet Qumrán.
3. Pocos días después, con la bendición de mi familia, emprendí un largo viaje a través del desierto de Judea hasta el mar Muerto para volver a encontrarme con mi padre.
4. Los esenios accedieron a regañadientes a que cruzase las puertas de su fortaleza, pero antes tuve que convencerlos de que era el primogénito de Judas Iscariote.
5. En un primer momento no reconocí a mi padre, pues había envejecido mucho. Él tampoco me reconoció.
6. Una vez Abba hubo aceptado que yo era su hijo, me explicó que solo podría quedarme allí durante un mes y un día, a no ser que quisiera unirme a los esenios y pasar el resto de mi vida en la soledad del desierto preparando la llegada del Mesías. [xxxv]
7. El tercer día le pedí a mi padre que me explicase por qué no había regresado a Kerieth para defender su buen nombre.
8. Abba creía que su mera presencia recordaría a todo el mundo el papel involuntario que había jugado en la muerte de Jesús.
9. Además, no podía olvidar las últimas palabras de Pedro: «¡Más te valdría no haber nacido!». Marcos 14, 21; Mateo 26, 24.
10. Después de contarme aquel último encuentro con Pedro, no quiso hablar más de sus días como discípulo de Jesús de Nazaret.
11. Lo único que parecía interesarle era hablar de cómo se encontraba nuestra familia.
12. No respondí a todas las preguntas de Abba, pues no tenía el menor deseo de que supiera que incluso nuestros parientes más lejanos sufrían a diario el hecho de compartir la misma sangre que Judas Iscariote, el discípulo que había traicionado a Jesús.

13. Lo que sí le dije fue que mi madre había fallecido a la edad de cuarenta y tres años, después de que dos de mis hermanos se hubiesen marchado de Israel para vivir en tierras lejanas.
14. También le dije que ninguna de mis hermanas se había casado y que yo aún no había engendrado ningún hijo. Deuteronomio 5, 9.
15. Lo único que respondió Abba fue que sin duda se castigarían los pecados del padre hasta la tercera o cuarta generación.
16. A cada nueva cosa que yo le contaba de la familia, Abba se quedaba más y más consternado.
17. No pronunció palabra alguna durante días, hasta el punto de que empecé a temer por su vida.
18. Abba no volvió a hablar hasta el undécimo día, y solo para contarme su trabajo durante aquellos años de exilio autoimpuesto en Khirbet Qumrán.
19. Entre los esenios, Abba había trabajado día y noche para construir una biblioteca de pergaminos que preservara toda la historia de los judíos, sin importar cuánto tiempo durase la ocupación de Tierra Santa por parte de los paganos.
20. Además, los romanos se habían vuelto mucho más estrictos después de que sus informantes los advirtieron de una posible insurrección entre el pueblo. [xxxvi]
21. El emperador Tito había proclamado un edicto según el cual, todos los establecimientos que se negasen a atender a los romanos debían ser destruidos hasta los cimientos. Sus dueños habrían de ser ajusticiados por oponerse a la voluntad del César. Véase Flavio Josefo; La guerra de los judíos; VI, 323-355, [xxxvii]
22. Las legiones romanas impusieron las órdenes de su comandante supremo por toda la tierra de Israel.
23. Judas compartió conmigo sus miedos de que, después del sitio de Jerusalén, los romanos atravesasen el desierto y se dirigiesen a Khirbet Qumrán.
24. Mi padre solo abría la boca para hablar de días pasados largo tiempo atrás. Empezaba a angustiarme la posibilidad de que jamás llegase a hablar del periodo en que había sido discípulo de Jesús de Nazaret.
25. Cierta día, sin embargo, todo cambió: me preguntó si sabía qué había sido de los demás discípulos.
26. Le hablé de un documento que corría de mano en mano entre los cristianos de Antioquía, y de otro que al parecer había aparecido en la ciudad de Éfeso.
27. Mi padre escuchó con incredulidad todo lo que le conté.
28. Sapos y culebras salieron por boca de Judas al oír que el autor de uno de esos textos afirmaba que había visto a Jesús caminar por las aguas o que otro decía que, en unas bodas celebradas en

Canaán, había visto al maestro convertir el agua en vino. Judas mantenía que nada de eso había ocurrido. Véase Mateo 14, 22-27; Juan 2, 1-10. [xxxviii]

29. Yo permanecí en silencio mientras él se desahogaba.

30. Abba volvió a presionarme para que le contase más, y me vi obligado a admitir que también existía otro evangelio en tierras extranjeras, en el que se decía que Pedro había ordenado eliminar el nombre de Judas de entre los discípulos elegidos por Jesús.

31. Al parecer, Pedro quería que se cambiase el nombre de Judas por el de un tal Matías, que había sido elegido por sorteo y cuyo nombre debería incluirse en la lista de los doce apóstoles de Jesús. Hechos 1, 21-26. [xxxix]

32. «¿Por qué?», preguntó Judas. «¿Por qué?»

33. «Porque uno de los apóstoles dijo en su evangelio que Judas se ahorcó». Véase Mateo 27, 5

34. Judas respondió al instante: «Bastaba acordarse de nuestra educación y nuestras tradiciones para saber que ningún judío devoto sería capaz de quitarse la vida». [xl]

35. Le dije a mi padre que otro de los rumores que circulaban por ahí era que había sufrido una caída y su cuerpo había reventado por dentro hasta que sus entrañas habían quedado desparramadas por doquier. Hechos 1, 18.

36. Abba reflexionó sobre aquello y, al cabo, dijo: «Si cualquiera de estas versiones fuera cierta, y está claro que no lo son, los demás apóstoles la habrían confirmado, para que todos los cristianos supieran cuál había sido el fin de Judas».

37. «¿Qué más blasfemias andarán diciendo sobre mí en el extranjero?», preguntó en tono quedo.

38. Yo nada respondí, aunque no pude ocultar mi inquietud.

39. «Cuéntamelo todo», me ordenó Abba. «Tengo que saber todo lo que dicen de mí los demás discípulos».

40. Hundí la cabeza y, en un susurro, le dije lo que uno de ellos había escrito: «También dicen que Judas traicionó a su maestro a cambio de treinta monedas de plata». Véase Mateo 26, 15. [xli]

41. Al oír estas palabras, Abba montó en cólera.

42. Judas decidió entonces que también tendría que escribir su propio evangelio, para que todos supieran la verdad de lo que había sucedido en aquel periodo en que fue discípulo del profeta Jesús.

43. Yo dediqué mis últimos días en Khirbet Qumrán a dejar por escrito cada una de sus palabras.

44. Al igual que sucede con tantos ancianos, Abba recordaba hasta el último detalle de lo ocurrido hacía cuarenta años, a pesar de que apenas se acordaba de qué había hecho el día

anterior.

45. Podría haber escrito mucho más, pero entonces un extranjero que pasó por la fortaleza advirtió a los esenios que una legión romana había sido avistada cruzando el desierto en dirección a Khirbet Qumrán. Abba me pidió que me apresurara a marcharme y a regresar a casa.

46. Yo quería seguir consignando por escrito las palabras de mi padre, pero el apremio por ponerme a salvo de lo que a buen seguro sucedería con la llegada del ejército romano había nublado su mente.

47. A regañadientes, seguí las órdenes de Abba y metí las páginas del manuscrito en un morral de cuero. Lo dejé y regresé con mi familia en Kerioth.

48. Muchos de los esenios abandonaron la fortaleza en el desierto y huyeron en dirección sur para refugiarse en la fortaleza de Masada. [xlii]

49. Mientras se marchaban, vi que muchos llevaban consigo varios manuscritos.

50. Más tarde supe que los esenios prefirieron morir por su propia mano en Masada que permitir que los capturasen, los llevasen a Roma y los obligasen a desfilar frente a los paganos en uno de sus desfiles de victoria. Hasta ese punto llegaba su devoción.

51. Me temo que todos los años que los esenios dedicaron a conservar sus preciados pergaminos han sido en vano.

52. Judas había cumplido ya los setenta años. Era demasiado mayor para siquiera plantearse recorrer el empinado camino que llevaba hasta la relativa seguridad que habría supuesto la fortaleza de Masada.

53. Judas, junto con un puñado de compañeros, resolvió permanecer dentro de Khirbet Qumrán.

54. A la espera de la llegada del ejército romano, cerraron y bloquearon las puertas de la fortaleza.

55. Cuatro días más tarde, los romanos hicieron brecha y entraron en la fortaleza.

56. Judas, junto a siete de sus compañeros, fue detenido y condenado a muerte sin juicio mediante.

57. Al oír la sentencia de muerte, Judas se hincó de rodillas.

58. Y le dio gracias al Señor por haberle permitido sufrir el mismo destino que Jesús. [xliii]

59. Judas murió del mismo modo que Jesús: crucificado a manos de los romanos.

GLOSARIO

Este glosario incluye aclaraciones de varios detalles de El evangelio según Judas y proporciona contexto del mundo del siglo I d.C.

Los entrecomillados de El evangelio según Judas son o bien citas directas del texto bíblico o paráfrasis del mismo. En cada cita directa se menciona siempre la fuente, mientras que las citas parafraseadas aparecen precedidas de «véase».

Todos los textos bíblicos son traducciones originales de los autores y provienen de la Revised Standard Version y la New Revised Standard Version.

i. Evangelios , Los Evangelios fueron escritos a finales del siglo I d.C. (Marcos, alrededor del año 70 d.C.; Mateo, alrededor del año 85 d.C.; Lucas, alrededor del año 85 d.C.; Juan, alrededor del año 100 d.C.). No se conoce la identidad de los evangelistas, puesto que los nombres Mateo, Marcos, Lucas y Juan se añadieron a los manuscritos a finales del siglo II d.C. Es probable que ninguno de los apóstoles escribiese realmente los Evangelios. Según la tradición cristiana, Marcos fue seguidor cercano de Pedro en Roma, pero jamás fue apóstol. Mateo fue un judío bien formado que se convirtió al cristianismo (véase Mateo 13, 52). El hecho de que el nombre del recaudador de impuestos (Levi) en Marcos 2, 14 (véase también Lucas 5, 27) se convierta en «Mateo» en Mateo 9, 9 puede deberse a un proceso de auto-identificación con el apóstol Mateo (véase Mateo 10, 3, Marcos 3, 18, Lucas 6, 15), pero esto en sí mismo no constituye una prueba. El «querido discípulo» autor del cuarto Evangelio no sería identificado como Juan hasta finales del siglo II d.C. Es más probable que el autor del cuarto Evangelio fuese un exdiscípulo de Juan el Bautista que se unió a Jesús como seguidor, si bien nunca formó parte de los Doce Apóstoles. La Iglesia Cristiana, sin embargo, considera que los cuatro Evangelios son las «Sagradas Escrituras». En ellos reside la descripción de lo que Dios hizo por la humanidad a través de la vida, las enseñanzas, la muerte y la resurrección de Jesús.

ii. Padres e hijos , El imperio creado por Alejandro Magno (336-332 a.C.) instauró el griego como el idioma más hablado y usado para la comunicación escrita por toda la cuenca mediterránea y más allá de la misma. Todos los documentos que pertenecen al Nuevo Testamento, si bien producto de la tradición judía, están escritos en griego. La «familia» (la bet-‘ab , «la casa del padre») es la unidad más importante tanto para la nación como para la supervivencia del individuo. Las numerosas listas de árboles genealógicos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (véase, por ejemplo, Génesis 36, 9-14, Libro 1 de las Crónicas 9, 39-44, Mateo 1, 1-17, Lucas 3, 23-38) demuestran lo crucial que era «poseer» un patrimonio

propio. Aparte de patrimonio social y económico, los hijos tenían la responsabilidad de continuar con las tradiciones de sus padres. Dicha responsabilidad adquiere enorme importancia en textos judíos tales como el Testamento de los Doce Patriarcas Hijos de Jacob o el Ben Sirá . En el primero, los padres educan a sus hijos para perpetuar sus tradiciones, mientras que el último contiene un texto en el que se muestra que un nieto recibe dichas tradiciones y las atesora. El Ben Sirá , también conocido como Eclesiástico, estaba escrito en hebreo y fue posteriormente traducido al griego antes de la época cristiana.

iii. Evangelios no aceptados por los cristianos, Hay numerosos «Evangelios», también conocidos como «Evangelios apócrifos», que no fueron aceptados por la Iglesia. El Códice Tchacos es una colección de estos evangelios apócrifos. Escrito originariamente en griego pero conservado en copto, se publicó por primera vez en 1999. En dicho código pueden encontrarse varios fragmentos de un supuesto «Evangelio de Judas». Dichos fragmentos datan posiblemente del año 180 d.C. El texto está fragmentado y en realidad no constituye un «Evangelio». Además, se corresponde con una aproximación gnóstica a Jesús más cercana al siglo II d.C. Judas aparece como un hombre a quien el Mesías alienta a cumplir la voluntad de Dios mediante un acto que liberará a Jesús de su abyecta forma humana y lo convertirá en un ser celestial. Puede verse una disertación sobre el tema del Arzobispo de Durham en Judas and the Gospel of Jesus , de T. Wright (Londres, SPCK, 2006). El Evangelio según Judas que aquí presentamos no se ha inspirado de ninguna forma en dicho texto, sino que se limita a presentar la historia de Cristo a través de los ojos de Judas.

iv. El nombre «Judas Iscariote», Existen muchas hipótesis sobre el apellido Iscariote, además de la que presenta El Evangelio según Judas 1, 12-15, por ejemplo la de que Judas era un «liberador», basada en la raíz hebrea del nombre, skr. El nombre «Judas» es la versión griega del nombre hebreo «Judah».

v. El nacimiento de Jesús, La versión de Judas del nacimiento de Jesús no coincide con la interpretación de la Iglesia Católica, tal y como se expresa en la Doctrina Mariana. En concreto, Judas difiere en el concepto de la virginidad perpetua de María. Esta, sin embargo, es una interpretación consensuada en las sagradas escrituras, como vemos en Mateo 1, 25, Marcos 3, 31-35 y 6, 3, Juan 7, 3-8. Judas, como cualquier otro judío de estricta educación en la tradición de sus ancestros, solo podía aceptar a Jesús como primogénito de un matrimonio legal judío.

vi. Coyunta sexual entre ángeles y mujeres, Las tradiciones rabínicas y precristianas consideran las coyuntas sexuales entre ángeles y mujeres humanas, tal y como se menciona

en Génesis 6, 1-4, como fuente clara de malignidad y causante de la presencia de gigantes en el mundo. Tan serio era el mal que se engendraba que Dios llegó a lamentarse de poner a Adán y Eva en el mundo. Apenado, vio como todo quedaba destruido y solo sobrevivían Noé y su familia (véase Génesis 6, 1-9, 17). Ver el desarrollo de Génesis 6, 1-4 en los Manuscritos del Mar Muerto (por ejemplo en el Libro de los gigantes de Enoc), así como en el Primer Libro de Enoc (véase Primer Libro de Enoc 6 y 7).

vii. Tocar a una mujer, El hecho de que Jesús toque a una mujer que no es su esposa debía de verse como una infracción desde un punto de vista religioso. Según la legislación rabínica posterior, una mujer ni siquiera podía servir la mesa, pues no se podía verificar de forma pública cuándo estaba menstruando. El trasfondo de esta tradición puede verse en Levítico 15, 19-24, 18, 6, 22, 10, 36, 17, así como en el tratado Nidá de la Misná judía. Tal y como afirmó el Rabino Samuel (fallecido alrededor del año 254 d.C.), «Bajo ninguna circunstancia debe permitirse que sirva la mesa una mujer, ya sea adulta o niña».

viii. El trono de David, El rey David fue el segundo y más importante rey de Israel. Reinó desde aproximadamente el año 1010 hasta el 970 a.C. y construyó un imperio que llegaba desde Egipto hasta el Irán actual. La alianza perpetua entre David y Yahvé se menciona de forma explícita en Salmos 89, 4 y en el Segundo Libro de Samuel 23, 5. Hay muchas interpretaciones sobre la promesa del trono de David en Israel. Una de ellas afirma que Yahvé criaría a un «Hijo de David» a quien se le entregaría el trono real en Jerusalén. Los cristianos creen que Jesús es quien cumple la profecía de la alianza de David con Dios (véase Mateo 1, 1, Epístola a los Romanos 1, 3). Sin embargo, Jesús jamás aceptó el papel de potencial líder militar. Los Evangelios sugieren que los primeros discípulos quizá aceptaron seguirlo con la esperanza de que sí aceptase dicho papel.

ix. Los escribas y los fariseos, En su mayoría los escribas eran un grupo de sirvientes. Eran hombres que estudiaban la ley y que servían como consultores legales para cualquiera que necesitase sus servicios. Por lo tanto, había escribas entre los saduceos y también entre los fariseos. Los fariseos surgieron en Israel durante los dos siglos anteriores al nacimiento de Cristo. En aquella época, los puestos de poder entre los judíos, incluyendo el de sumo sacerdote, estaban bajo el control de poderes extranjeros, primero los líderes helenos y luego los romanos. Los fariseos (cuyo nombre bien podría provenir del concepto de «cortar» con la corrupción) intentaban vivir una vida según estrictos preceptos judíos y observar lo dictado por la Torá. Se opusieron a liderazgos corruptos, y sufrieron bastante a causa de su fe. Solían viajar por donde quiera que hubiese asentamientos judíos, si bien su base de operaciones siempre eran las sinagogas, en las que se seguían los preceptos de la Torá como el pilar central de la adoración del judaísmo. Aquella focalización en la Torá y la Sinagoga facilitó su movilidad, y de hecho fue la causa de que sobrevivieran a la guerra judeo-romana y acabasen

desarrollando lo que se conoce como judaísmo rabínico.

x. Bajo una higuera, Según la tradición judía, quienquiera que reflexione sobre la Torá debería hacerlo bajo una higuera. Los textos judíos al respecto son tardíos, pero probablemente se refieren a una tradición antigua y largamente extendida de que los estudiosos de la ley se sentasen bajo una higuera a estudiar las escrituras.

xi. El hijo de Dios, Judas no cree que Jesús sea «hijo de Dios», tal y como se menciona en el cristianismo joánico (año 100 d.C.) y que finalmente se acepta y se establece en el Concilio de Nicea (año 325 d.C.) y en el de Calcedonia (año 451 d.C.), Jesús es la segunda persona de la Trinidad. Judas no cree en ese «Hijo de Dios» mesiánico tal y como espera Israel en base a textos como Salmos 2, 7 o el Segundo Libro de Samuel 7, 14.

xii. Pecado y enfermedad, La biblia hebrea suele vincular el castigo del pecado con la enfermedad y la muerte (Segundo Libro de Samuel 12, 13-23, 24, 1-25). Solo Dios posee autoridad sobre la enfermedad como castigo del pecado.

xiii. Conflictos, La descripción de los conflictos entre Jesús y los líderes judíos que se relatan en El evangelio según judas 6, 9-15 se basan en Marcos 2, 1-12. El relato de Judas nos sugiere una crisis cada vez mayor. En un principio, los milagros que obra Jesús causan sorpresa, pero para cuando ha obrado la mayoría de ellos, los ancianos judíos consideran que es un blasfemo y que merece la muerte.

xiv, La Decápolis, el término se refiere a un grupo de ciudades helenas ubicadas en Transjordania, la región al noreste del río Jordán. La palabra en griego significa «diez ciudades». Aunque resulta difícil rastrear el nombre de las diez, nueve de ellas han sido identificadas: Abila, Canatá, Gerasa, Pella, Escitópolis, Filadelfia, Gadara, Dión e Hipo. En estas ciudades habitaban mayormente gentiles, que observaban la religión y las tradiciones griegas.

xv. Los doce, La lista de los doce discípulos en El Evangelio según Judas 8, 30 es un reflejo de las listas de los Evangelios cristianos. Judas Iscariote siempre aparece el último en dichas

listas. El hecho de colocar a Judas al final de las listas y su descripción como el traidor son parte de la pretérita resolución cristiana de mancillar la figura de Judas.

xvi. El sermón de Jesús, El sermón de Jesús que empieza con las bienaventuranzas está basado libremente en el sermón de la llanura que aparece en Lucas 6, 20-29, no tanto en la versión más larga y conocida del sermón en la montaña que vemos en Mateo 5,6 y 7.

xvii. Padrenuestro, La versión del Padrenuestro que se ve en El evangelio según Judas 9, 37 se basa en la versión de Lucas de dicha oración, presente en Lucas 11, 2-4. Es muy breve y lleno de apremiantes promesas que exigen cumplimiento inmediato. Es probable que la versión en el evangelio de Lucas sea la más cercana a las palabras que Jesús les enseñó a decir a sus discípulos, en lugar de la versión más elaborada y conocida de la oración que encontramos en Mateo 6, 9-13, que es la que se usa en la mayoría de liturgias cristianas y libros de oraciones.

xviii. La comunidad de Khirbet Qumrán, El descubrimiento de los Manuscritos del Mar Muerto (alrededor de 1947) sirvió para ubicar un edificio con diseño y dimensiones de fortaleza en Khirbet Qumrán, cerca del Mar Muerto, en el que habitaba una comunidad de devotos judíos. El edificio se usó entre el año 150 a.C. y el 70 d.C., momento en que fue destruido por los romanos. Está ampliamente aceptado que en Khirbet Qumrán vivió una secta de judíos a la que sus coetáneos del siglo I d.C. se refería como los esenios. Vivían en comunidad y se oponían a los líderes judíos que habían dado la espalda a las tradiciones judías para mantener buenas relaciones con las potencias extranjeras de ocupación. Desde 1947 se han desenterrado muchos pergaminos que contienen tanto textos bíblicos como textos escritos en la propia Qumrán. Los textos que se mencionan en el libro (Regla de la Comunidad, Regla de la Guerra) fueron escritos por los esenios en Khirbet Qumrán.

xix. El Mesías y el pan de los cielos, El vínculo entre el maná de los cielos y la época mesiánica ya aparecía en el judaísmo del siglo I d.C. La cita del Segundo Libro de Baruc en El Evangelio según Judas 10, 26 proviene de un documento que podría estar fechado a finales del siglo I d.C.

xx. Cesárea de Filipo, No se sabe nada de este asentamiento antes de la época de Antíoco IV Epífanes, pero se la identifica con el nombre de Panion alrededor del 200 a.C.. Este último nombre ya es muestra evidente del culto a Pan que se descubrió en sus ruinas. En el año 20

a.C., Augusto le entregó todo el distrito a Herodes el Grande. Tras la muerte de Herodes a manos de su hijo, Filipo, se le cambió el nombre a Cesárea en honor del emperador romano. Sin embargo, fue conocida como Cesárea de Filipo para distinguirla del hermoso puerto de mar del mismo nombre que había al sur, en el que en tiempos de Jesús se asentaba el gobierno romano. Este es el nombre que aparece en los Evangelios, incluyendo El Evangelio según Judas 11. Más tarde se volvió a cambiar el nombre a Paneas, del que proviene la denominación árabe del yacimiento actual, Banias.

xxi. Hijo del Hombre , Jesús es el único que usa esta expresión en los Evangelios para hablar de sí mismo, si bien aparece en todos. Puede que constituya la prueba más clara de cómo Jesús entendía su persona y su misión. Esta expresión aparece frecuentemente en Ezequiel para indicar la condición humana y humilde del profeta. También aparece en Daniel 7, 13-14. Los estudiosos de la Biblia han discutido largamente el uso de esta expresión en el libro de Daniel, sobre todo porque Jesús parece usarla de un modo que nos refiere directamente a Daniel 7, 13-14. Claramente se trata de una figura que superará todo aquello que se le opone y regresará glorioso. En los Evangelios, Jesús también vincula la figura del Hijo del Hombre con el sufrimiento (véase Marcos 8, 31, 9, 31, 10, 32-34). Algunos sugieren que el sufrimiento del Hijo del Hombre ya estaba implícito en la experiencia del pueblo de Israel en la época en que se escribió el libro de Daniel.

xxii. Pedro, la piedra de tropiezo, En el Evangelio según San Mateo queda claro este juego de palabras que convierte a Pedro en una piedra de tropiezo. El Evangelista menciona la bendición de Jesús a Pedro y su bautizo como «piedra» (del griego petros/petra) (Mateo 16, 18). Sin embargo, cuando Pedro intenta impedir que Jesús acabe en la cruz, éste lo llama «Satán» (en arameo, satana) y se explica que esto significa que Pedro es una «piedra de tropiezo» (en griego, skandalon)

xxiii, Abba/Padre, Jesús hablaba arameo, y en una ocasión en los Evangelios (Marcos 14, 36) usa la palabra aramea Abba . El evangelista la traduce para sus lectores griegos como «Padre». Abba es una palabra que solían usar los niños para dirigirse a sus padres de un modo respetuoso, obediente y cariñoso.

xxiv, Monte Tabor, Esta pequeña montaña a la que solo se puede llegar por una empinada cuesta, está ubicada al sur de Nazaret, en el camino a Judea. Resulta difícil saber a ciencia cierta qué sucedió durante el extraño encuentro que tienen los apóstoles con ese Jesús transfigurado. Tampoco es posible saber a ciencia cierta dónde ocurrió. Las tradiciones más ortodoxas suelen ubicar dicha transfiguración en el Monte Hermón, bastante más

espectacular. La conexión entre los dos, y la consiguiente confusión, se da por la yuxtaposición de Hermón y Tabor en el Salmo 89, 12, «El norte y el sur, tú los creaste; el Tabor y el Hermón aclamarán con gozo a tu nombre».

xxv. Las predicciones de Jesús sobre su pasión, Las predicciones de Jesús sobre su pasión durante el viaje hasta Jerusalén han sufrido una evolución a medida que se contaban. Lo más probable es que Jesús hablase de su muerte inminente con palabras muy parecidas a estas, «El Hijo del Hombre será entregado a manos de los hombres, y ellos lo matarán». Probablemente también se refirió con fe y esperanza a su postrera restitución por obra de Dios. Para cuando se escribieron los Evangelios, dicha restitución se expresó en los términos de lo que la Iglesia primigenia creía que realmente había sucedido, la resurrección al tercer día.

xxvi. El extranjero de Galilea, A estas alturas, el vínculo de dependencia entre El evangelio según Judas y las tradiciones que formaron los Evangelios sinópticos (los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan) es más que evidente. Jesús llega a Jerusalén por primera vez. En el Evangelio según San Juan, Jesús va regularmente a Jerusalén.

xxvi, Jesús como profeta, Muchos estudios histórico-críticos del «Jesús pre-Pascua» han llegado a la conclusión de que tanto sus discípulos como el propio Jesús lo consideraban un profeta.

xxviii. Jesús, hijo de David, Los cristianos pretéritos veían a Jesús como el Mesías, Hijo de David (véase, por ejemplo, Mateo 1, 1). Sin embargo, en El Evangelio según Judas , Jesús no se identifica a sí mismo como el Hijo de David. El único momento en todo el Evangelio en que Jesús no rechaza ese título es durante la curación de Bartimeo. Los estudiosos concuerdan que esta única aceptación del término «Hijo de David» por parte de Jesús en el Evangelio según San Marcos (Marcos 10, 46-52) no se refiere a la acepción mesiánica de la expresión, sino a la tradición judía que afirmaba que el «hijo de David», es decir, Salomón, era un sanador. En El Evangelio según Judas , Judas malinterpreta a Bartimeo el Ciego cuando este se refiere a Jesús como un sanador. Al poner en duda a Pedro, nos demuestra que vuelve a tener una fe renovada en que Jesús sea el Hijo de David, en el sentido mesiánico del término.

xxix. Entrada de Jesús en Jerusalén, Resulta difícil reconstruir lo sucedido desde un punto de

vista histórico en la entrada de Jesús a Jerusalén. La escena tal y como se describe en El Evangelio según Judas hace referencia a Juan 12, 12-16 y a Zacarías 9, 9-11.

xxx. Secuencia de los acontecimientos de Jerusalén, En todos los Evangelios cristianos, la secuencia de acontecimientos en Jerusalén es la misma, entrada, enseñanzas, cena, Getsemaní, juicio judío, juicio romano, crucifixión, entierro, descubrimiento de la tumba vacía y apariciones post-resurrección (estas últimas no aparecen en Marcos). Sin embargo, lo que sí cambia de un Evangelio a otro es la premura o lentitud a la que se suceden, al igual que pasa con El Evangelio según Judas .

xxxi. El Sanedrín, era el más alto tribunal que Roma permitía en Israel. Perseguía y castigaba a los judíos que contravenían las leyes judías. Resulta difícil determinar quién creó este organismo, e incluso si existía solo un Sanedrín. Según los Evangelios, hay un Sanedrín en Jerusalén, compuesto tanto por sacerdotes como por fariseos y escribas.

xxxii. Mercaderes en el Templo, Los mercaderes que se sentaban en el patio exterior del Templo de Jerusalén llevaban a cabo un servicio esencial para su pureza. Era ilegal entrar en el recinto sagrado del Templo llevando monedas que tuvieran la efigie de un animal o de una persona. Así pues, todos los que entraban en el Templo entregaban sus monedas a los mercaderes, que las cambiaban por monedas de Tiro, sin imagen alguna. Al salir del Templo, cada persona podía recuperar sus monedas con efigie. Es importante tener en cuenta este detalle al leer El Evangelio según Judas 19, 16-19. Jesús, ante las preguntas de los fariseos del Templo, pide que le dejen ver una moneda. Ellos le enseñan una que tiene la efigie del César. Ningún judío debería tener una moneda así dentro del Templo.

xxxiii. El ritual de la Pascua , Resulta difícil determinar cuándo se celebraba exactamente la Pascua en la época de Jesús. Sin embargo, en la mayoría de antiguas tradiciones se alude al uso de ciertos elementos durante una cena (hierbas amargas, pan y vino) para recordar los acontecimientos del Éxodo de Israel al huir de Egipto (véase Éxodo 12, 1-19, 26). Jesús repite dichas tradiciones durante la última cena, y tanto lo que hace con el pan y el vino como las palabras con las que les da un nuevo significado a dichos símbolos, se han convertido en un recuerdo imperecedero de la Última Cena del Señor en la mayor parte de tradiciones cristianas.

xxxiv. La inocencia de Jesús, Los Evangelios cristianos (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) coinciden en que la acusación contra Jesús fue falsa. El juicio judío al que se lo somete se apoya en pruebas contradictorias, mientras que todo el juicio romano está trufado de intervenciones de Pilatos en las que manifiesta no ver dónde está el crimen de Jesús.

xxxv. Iniciación en Qumrán, El dato de que Benjamín Iscariote solo puede permanecer un tiempo limitado en Qumrán, a no ser que quiera quedarse allí para el resto de su vida, proviene de los escritos de Josefo y Filón, pensadores del siglo I d.C., y de los Manuscritos del Mar Muerto. Quienes deseaban unirse a la comunidad de los esenios se veían sometidos a un periodo de prueba de un año. Al finalizar ese año, podían pasar por el baño ritual en el que se basaba la práctica religiosa de los esenios. Una vez admitido, el candidato tenía que quedarse otros dos años que terminaban con una ceremonia en la que se realizaba un juramento de obediencia. Benjamín no deseaba formar parte de dicho proceso, y por ello accede a marcharse de nuevo a Kerioth.

xxxvi. El estallido de la guerra, Existen multitud de factores que desembocaron en el estallido de la primera guerra judeo-romana (también conocida como la Gran Revuelta Judía) en el año 66 d.C. El historiador judío Josefo, que vivió entre el año 37 y el 101 d.C., recogió por escrito las crucifixiones de aquellos que se oponían a Roma y el posterior suicidio en masa de los esenios. Josefo se unió a la revuelta judía y luchó contra los romanos en Galilea, si bien cambió de bando después de ser capturado. Aunque en sus escritos suele defender a los romanos y criticar a los fanáticos judíos por la brutalidad de la guerra, el suyo sigue siendo uno de los mejores testimonios que quedan del acontecimiento. La guerra judeo-romana empezó bajo el mandato militar de Vespasiano (año 66 d.C.), aunque Jerusalén no fue destruida hasta el año 70 d.C., cuando Tito ya se había erigido como comandante supremo de las fuerzas romanas. Tanto Tito como Vespasiano llegarían a ser emperadores de Roma.

xxxvii. El edicto de Tito, A pesar de verse rodeado por fuerzas hostiles, el gobierno de Jerusalén se negó a aceptar que la derrota y la destrucción eran inevitables. Josefo dulcifica en cierta medida el edicto de Tito, pero aun así le dedica duras palabras, «Tito se enfureció al ver que una ciudad sitiada empezaba a hacer exigencias como si fueran ellos los conquistadores, y no al contrario. Así pues, mandó proclamar un edicto. No se permitiría que nadie saliera de la ciudad, y se cancelaban todas las negociaciones de paz. Cualquiera que contraviniese lo estipulado por el edicto sería ajusticiado de inmediato». Josefo, Guerra Judía, VI.352.

xxxviii. El agua en vino, Incluso los estudiosos más críticos aceptan que Jesús llevó a cabo

numerosos milagros a ojos de sus coetáneos, como por ejemplo la expulsión de espíritus impuros o la sanación de enfermos. Otros hechos, como transformar el agua en vino o caminar sobre las aguas, se denominan generalmente «milagros naturales». A medida que los cristianos pretéritos empezaron a aceptar que Jesús resucitado era Cristo, el hijo de Dios, se empezó a permitir que se introdujesen ciertos relatos tradicionales en las historias de Jesús, relatos que lo ensalzaban como Señor del mar y de la naturaleza, al mismo nivel que Yahvé. El Antiguo Testamento está plagado de pasajes que atestiguan que Yahvé tiene poder sobre los elementos (Salmos 29, 65, 7-8, 104, 3-4, 107, 24-32). La llegada del Mesías también supone una festividad de abundancia de vino y buena comida (véase Oseas 2, 19-20, Isaías 25, 6-8, Jeremías 2, 2). En cualquier caso, de haber sido cierto, ¿de buena gana habría transformado Jesús 120 galones de agua en vino!

xxxix. Los doce, Está comúnmente aceptado que Jesús seleccionó un círculo de doce hombres, elegidos entre sus muchos discípulos y seguidores. A este grupo se lo conoce como «Los doce», tal y como se menciona en los Evangelios de Mateo, Marcos y Juan. Lucas, en cambio, los llama «Los doce apóstoles». El hecho de que Jesús eligiera a estos Doce evidencia su voluntad de crear un nuevo pueblo de Dios, construido sobre el antiguo pueblo de Dios y cimentado sobre las doce tribus de Israel. En teología, el número doce está revestido de importancia. Los Doce forman la piedra angular sobre la que se alzaría el pueblo de Dios. Por ello, una vez Judas queda eliminado del grupo de los Doce, se eligió por sorteo un nuevo testigo de la obra de Jesús desde su resurrección. Los Doce tenían que seguir siendo doce (Hechos 1, 21-26).

xl. Suicidio, En la Biblia hebrea no hay ningún mandamiento que prohíba de forma explícita el suicidio, pero tanto la prevalencia de Dios sobre la vida humana como la prohibición en todo Israel de derramar sangre humana implican que el suicidio está prohibido. Con el tiempo, los rabinos llegaron a prohibirlo de forma explícita. Ver, por ejemplo, las enseñanzas rabínicas del Génesis Rabbah 34, 21b. Puede que el hecho de que Judas no se ahorque en este libro sorprenda a algunos de sus lectores, pues entre los cristianos el suicidio de Judas está popularmente aceptado. Sin embargo, en todo el Nuevo Testamento no hay más que una referencia al suicidio de Judas, Mateo 27, 3-10. Según Lucas (Hechos 1, 18), Judas sufrió una caída y se rompió en dos, desparramando todas sus entrañas. Los Evangelios de Marcos, Lucas y Juan no hacen mención alguna a la muerte de Judas. Por lo tanto, Mateo es el único que describe a Judas como alguien cuyo imperdonable pecado de traición desemboca en un nuevo pecado, el del suicidio. Cuando se comprende la influencia que tiene el Antiguo Testamento en el Evangelio según San Mateo 27, 9-10 (véase Zacarías 11, 12-13, Jeremías 32, 6-15, 18, 2-3), se llega a la conclusión de que lo más seguro es que el relato de la muerte de Judas en Mateo no sea más que un nuevo intento de empañar su nombre según predicciones del Antiguo Testamento, aunque no sucediera de la manera en que se cuenta.

xli. Treinta monedas de plata, Una parte central del relato más extendido sobre la traición de Judas son esas treinta monedas de plata que le pagan los sumos sacerdotes. Ni un solo estudioso del Nuevo Testamento considera real este detalle. En el Evangelio según San Marcos, después de que Judas se ofrezca a traicionar a Jesús, se afirma, «Se alegraron al oírlo y le prometieron dinero a cambio» (Marcos 14, 11). El Evangelio según San Lucas no menciona ningún intercambio de dinero, como tampoco lo menciona el Evangelio según San Juan. Es de resaltar que ni siquiera el propio Evangelio según San Marcos llega a sugerir que se entregase dinero alguno. El autor del Evangelio según San Mateo se guió por el Evangelio según San Marcos, y en su mayor parte es fiel a él, con ciertas mejoras. Mateo no acepta que el Mesías pueda ser traicionado con tanta facilidad, gracias a un trato tan improbable entre los sacerdotes y uno de los seguidores de Jesús. Por lo tanto, lo que hace Mateo es recurrir a las profecías de Zacarías y Jeremías y desarrollar la traición de Judas en dos fragmentos principales, Mateo 26, 15 («Y le pagaron treinta monedas de plata») y Mateo 27, 3-10 (Judas devuelve las treinta monedas, el suicidio de Judas y la compra del campo del alfarero). Los demás Evangelios no mencionan nada de esto, aunque el suicidio de Judas ha pasado a formar parte de la doctrina cristiana y del modo general de entender su figura. Mateo quería demostrar que nadie había embaucado a Jesús, por más trágica que fuera su muerte, no era más que el modo de cumplir la profecía. La idea de las treinta monedas de plata viene de Zacarías 11, 12 («Entonces pesaron lo que me lo que me correspondía como salario y me dieron treinta monedas de plata» [véase Mateo 26, 15]), Zacarías 11, 12 («Tomé las treinta monedas de plata y las eché en el tesoro del Templo del Señor» [véase Mateo 27, 5]) y de un conjunto de textos salidos de Jeremías 18, 2 («la casa del alfarero» [véase Mateo 27, 7]) y Jeremías 32, 7-9 (la compra de un campo a cambio de monedas de plata [véase Mateo 27, 7-9]).

xlii. Masada, Un palacio-fortaleza casi impenetrable construido por Herodes I el Grande (73 a.C. al 4 a.C. aproximadamente) en lo alto de una montaña junto al Mar Muerto. Incluso hoy en día solo se puede llegar a ella a pie desde la cara que da al mar Muerto, a través del llamado «camino de la serpiente». Los romanos, bajo el mandato de Tito, la arrasaron en el año 74 d.C.

xliii. Crucifixión bajo el mandato de Tito, Los romanos consideraban la crucifixión como el summum supplicium o la mayor forma posible de castigo. Según Josefo, Tito empleó esta forma de ejecución de forma regular durante toda la guerra judeo-romana, en especial tras el sitio de Jerusalén. Ver, por ejemplo, La guerra de los judíos, Josefo, V. 449-451, donde Josefo relata la crucifixión de tantos judíos que «ya no había sitio para clavar cruces, ni tampoco cruces suficientes para tantos judíos».

Jeffrey Archer

Jeffrey Archer es un autor superventas con más de 125 millones de ejemplares vendidos en todo el mundo de novelas como Kane y Abel, La hija pródiga, El undécimo mandamiento o, entre sus colecciones de relatos, El primer milagro. Graduado en Oxford, ha llegado a ser miembro del parlamento británico. En la actualidad forma parte de la Cámara de los Lores. Vive con su esposa, Mary, en Old Vicarage, Grantchester, en Londres. Tienen dos hijos.

Francis J. Moloney ha sido una figura capital en la enseñanza teológica de la Iglesia Católica durante los últimos treinta años. Desde hace dieciocho años forma parte de la Comisión Teológica Internacional de la Santa Sede y ha colaborado estrechamente con su presidente, el cardenal Joseph Ratzinger antes de convertirse en el Papa Benedicto XVI. Autor de numerosos estudios sobre el Nuevo Testamento y su trasfondo, su más reciente publicación ha sido *The Living Voice of the Gospel: The Gospels Today*. En la actualidad ocupa el cargo de superior mayor en la congregación de los salesianos de Don Bosco.

Sobre El evangelio según Judas

«El evangelio según Judas, por Benjamín Iscariote» arroja nueva luz sobre el misterio de Judas, incluyendo sus motivos para traicionar a Jesús y lo que le sucedió después de la crucifixión. Partiendo de los textos canónicos como referencia, presenta una nueva versión de la historia de Jesús desde los ojos de Judas. Aparentemente escrita por el hijo de Judas, Benjamín, en el estilo narrativo de los Evangelios, este libro supone una recreación provocativa, estimulante y polémica, resultado de una intensa colaboración entre uno de los mayores expertos mundiales en el arte de contar historias, Jeffrey Archer, y uno de los estudiosos de la Biblia más conocidos del mundo, Francis J. Moloney. El proyecto es tan sencillo como osado: Jeffrey ha escrito una historia para los lectores del siglo XXI, mientras que Moloney se ha asegurado de que el resultado sea creíble para un cristiano o judío del siglo I.